Antonio Gramsci

REVOLUCION RUSA
Y
UNION SOVIETICA



México, D. F., 1974

NOTAS SOBRE LA REVOLUCION RUSA [1]

¿Por qué la Revolución rusa es una revolución proletaria?

Al leer los periódicos, al leer el conjunto de noticias que la censura ha permitido publicar, no se entiende fácilmente. Sabemos que la revolución ha sido hecha por proletarios (obreros y soldados), sabemos que existe un comité de delegados obreros que controla la actuación de los organismos administrativos que ha sido necesario mantener para los asuntos corrientes. Pero ¿basta que una revolución haya sido hecha por proletarios para que se trate de una revolución proletaria? La guerra la hacen también los proletarios, lo que, sin embargo, no la convierte en un hecho proletario. Para que sea así es necesario que intervengan otros factores, factores de carácter espiritual. Es necesario que el hecho revolucionario demuestre ser, además de fenómeno de poder, fenómeno de costumbres, hecho moral. Los periódicos burgueses han insistido sobre el fenómeno de poder; nos han dicho que el poder de la autocracia ha sido sustituido por otro poder, aún no bien definido y que ellos esperan sea el poder burgués. E inmediatamente han establecido el paralelo: Revolución rusa, Revolución francesa, encontrando que los hechos se parecen. Pero lo que se parece es sólo la superficie de los hechos, así como

[1] Firmado A. G., "Il Grido del Popolo" (El Grito del Pueblo), 29 de abril de 1917. Se trata del primer comentario de Gramsci sobre los acontecimientos de la *revolución de febrero* que derribó a la autocracia zarista.

un acto de violencia se asemeja a otro del mismo tipo y una destrucción es semejante a otra.

No obstante, nosotros estamos convencidos de que la Revolución rusa es, además de un hecho, un acto proletario y que debe desembocar naturalmente en el régimen socialista. Las noticias realmente concretas, sustanciales, son escasas para permitir una demostración exhaustiva. Pero existen ciertos elementos que nos permiten llegar a esa conclusión.

La Revolución rusa ha ignorado el jacobinismo. La revolución ha tenido que derribar a la autocracia; no ha tenido que conquistar la mayoría con la violencia. El jacobinismo es fenómeno puramente burgués; caracteriza a la revolución burguesa de Francia. La burguesía, cuando hizo la revolución, no tenía un programa universal; servía intereses particulares, los de su clase, y los servía con la mentalidad cerrada y mezquina de cuantos siguen fines particulares. El hecho violento de las revoluciones burguesas es doblemente violento: destruye el viejo orden, impone el nuevo orden. La burguesía impone su fuerza y sus ideas no sólo a la casta anteriormente dominante, sino también al pueblo al que se dispone a dominar. Es un régimen autoritario que sustituye a otro régimen autoritario.

La Revolución rusa ha destruido al autoritarismo y lo ha sustituido por el sufragio universal, extendiéndolo también a las mujeres. Ha sustituido el autoritarismo por la libertad; la Constitución por la voz libre de la conciencia universal. ¿Por qué los revolucionarios rusos no son jacobinos, es decir, por qué no han sustituido la dictadura de uno solo por la dictadura de una minoría audaz y decidida a todo con tal de hacer triunfar su programa? Porque persiguen un ideal que no puede ser el de unos pocos, porque están seguros de que cuando interroguen al proletariado, la respuesta es indudable,

está en la conciencia de todos y se transformará en decisión irrevocable apenas pueda expresarse en un ambiente de libertad espiritual absoluta, sin que el sufragio se vea adulterado por la intervención de la policía, la amenaza de la horca o el exilio. El proletariado industrial está preparado para el cambio incluso culturalmente; el proletariado agrícola, que conoce las formas tradicionales del comunismo comunal, está igualmente preparado para el paso a una nueva forma de sociedad. Los revolucionarios socialistas no pueden ser jacobinos; en Rusia tienen en la actualidad la única tarea de controlar que los organismos burgueses (la Duma, los Zemtsvo)[2] no hagan jacobinismo para deformar la respuesta del sufragio universal y servirse del hecho violento para sus intereses.

Los periódicos burgueses no han dado ninguna importancia a este otro hecho: los revolucionarios rusos han abierto las cárceles no sólo a los presos políticos, sino también a los condenados por delitos comunes. En una de las cárceles, los reclusos comunes, ante el anuncio de que eran libres, contestaron que no se sentían con derecho a aceptar la libertad porque debían expiar sus culpas. En Odesa, se reunieron en el patio de la cárcel y voluntariamente juraron que se volverían honestos y vivirían de su trabajo. Esta noticia es más importante para los fines de la revolución que la de la expulsión del Zar y los grandes duques. El Zar habría sido expulsado incluso por los burgueses, mientras que para éstos los presos comunes habían sido siempre adversarios de su orden, los pérfidos enemigos de su riqueza, de su tranquilidad. Su

[2] *Duma,* asamblea representativa instaurada en Rusia bajo la presión de los sucesos revolucionarios de 1905. *Zemstvos,* órganos administrativos provinciales en la Rusia zarista a los que sólo tenían acceso los nobles y los burgueses.

liberación tiene para nosotros este significado: la revolución ha creado en Rusia una nueva forma de ser. No sólo ha sustituido poder por poder; ha sustituido hábitos por hábitos, ha creado una nueva atmósfera moral, ha instaurado la libertad del espíritu además de la corporal. Los revolucionarios no han temido poner en la calle a hombres marcados por la justicia burguesa con el sello infame de lo juzgado *a priori*, catalogados por la ciencia burguesa en diversos tipos de la criminalidad y la delincuencia. Sólo en una apasionada atmósfera social, cuando las costumbres y la mentalidad predominante han cambiado, puede suceder algo semejante. La libertad hace libres a los hombres, ensancha el horizonte moral, hace del peor malhechor bajo el régimen autoritario un mártir del deber, un héroe de la honestidad. Dicen en un periódico que en cierta prisión estos *malhechores* han rechazado la libertad y se han constituido en sus guardianes. ¿Por qué no sucedió esto antes? ¿Por qué las cárceles estaban rodeadas de murallas y las ventanas enrejadas? Quienes fueron a ponerles en libertad debían ser muy distintos de los jueces, de los tribunales y de los guardianes de las cárceles, y los *malhechores* debieron escuchar palabras muy distintas a las habituales cuando en sus conciencias se produjo tal transformación que se sintieron *tan libres* como para preferir la segregación a la libertad, como para imponerse voluntariamente una expiación. Debieron sentir que el mundo había cambiado, que también ellos, la escoria de la sociedad, se había transformado en algo, que también ellos, los segregados, tenían voluntad de opción.

Este es el fenómeno más grandioso que la iniciativa del hombre haya producido. El *delincuente* se ha transformado, en la revolución rusa, en el hombre que Emmanuel Kant, el teórico de la moral

absoluta, había anunciado, el hombre que dice: la inmensidad del cielo fuera de mí, el imperativo de mi conciencia dentro de mí. Es la liberación de los espíritus, es la instauración de una nueva conciencia moral lo que nos es revelado por estas pequeñas noticias. Es el advenimiento de un orden nuevo, que coincide con cuanto nuestros maestros nos habían enseñado. Una vez más la luz viene del Oriente e irradia al viejo mundo Occidental, el cual, asombrado, no sabe más que oponerle las banales y tontas bromas de sus plumíferos.

LOS MAXIMALISTAS RUSOS [1]

Los maximalistas [2] rusos son la propia revolución rusa.

Kerensky, Zeretelli, Cernov son el hoy de la revolución, los realizadores de un primer equilibrio social, el resultado de una relación de fuerzas en la que los moderados tienen aún mucha importancia. Los maximalistas son la continuidad de la revolución, el ritmo de la revolución: por eso son la propia revolución.

Los maximalistas encarnan la idea-límite del socialismo: quieren *todo* el socialismo. Y tienen esta misión: impedir que se llegue a un compromiso definitivo entre el pasado milenario y el ideal, ser el símbolo vivo de la meta final a que hay que tender; impedir que el problema inmediato del hoy a resolver se dilate hasta ocupar toda la conciencia y se convierta en preocupación única, en frenesí espasmódico que alza rejas infranqueables para posibilidades ulteriores de realizaciones.

Es este el máximo peligro de todas las revoluciones: el surgimiento de la convicción de que un momento determinado de la nueva vida tenga carácter definitivo y que sea preciso detenerse para

[1] Firmado A. G., "Il Grido del Popolo", 28 de julio de 1917.

[2] En el movimiento obrero italiano se llamaba *maximalista*, según una acepción corriente que se extendería a la fracción de extrema izquierda del Partido Socialista Italiano, a los *bolcheviques* (mayoritarios). *Maximalistas* por sostenedores del programa "máximo", la socialización de los medios de producción y cambio.

mirar hacia atrás, para consolidar el hecho, para gozar, finalmente, del propio éxito. Para descansar. Una crisis revolucionaria consume rápidamente a los hombres. Fatiga rápidamente. Se comprende semejante estado de ánimo. Pero Rusia ha tenido esta suerte: ha ignorado el jacobinismo. Y ha sido posible, por tanto, la fulminante propaganda de todas las ideas; mediante esta propaganda se han formado numerosos grupos políticos, a cual más audaz, y no dispuestos a detenerse, y cada uno de los cuales cree que el momento definitivo a alcanzar se encuentra más allá, está aún lejano. Los maximalistas, los extremistas, son el último anillo lógico de este devenir revolucionario. Por eso se persiste en la lucha, se va adelante; todos van adelante porque hay siempre por lo menos un grupo que quiere seguir avanzando y actúa en la masa, suscitando nuevas energías proletarias, organizando nuevas fuerzas sociales que acosan a los fatigados, que los controlan y se muestran capaces de sustituirlos, de eliminarlos si no se renuevan, si no se revigorizan para avanzar. Así, la revolución no se detiene, no cierra su ciclo. Devora sus hombres, sustituye un grupo por otro más audaz, y por esta inestabilidad, por esta nunca alcanzada perfección, es auténtica y plena revolución.

Los maximalistas en Rusia son los enemigos de los cobardes, el aguijón de los indolentes; han derrotado hasta ahora todas las tentativas de poner diques al torrente revolucionario, han impedido que sus aguas se estanquen. Por eso la burguesía occidental los odia, por eso los periódicos de Italia, Francia e Inglaterra los difaman, intentan desacreditarlos, ahogarlos bajo un cúmulo enorme de calumnias. La burguesía occidental esperaba que al enorme esfuerzo de pensamiento y acción necesario para el nacimiento de la nueva vida sucediera una crisis de pereza mental, un repliegue de la actividad

dinámica de la revolución que fuese el principio de un acomodamiento definitivo del nuevo estado de cosas.

Pero en Rusia no están los jacobinos. El grupo de los socialistas moderados, que ha tenido el poder en sus manos, no ha destruido, no ha intentado ahogar en sangre a la vanguardia. Lenin en la revolución socialista no ha tenido el destino de Babeuf. Ha podido convertir su pensamiento en fuerza actuante de la historia. Ha suscitado más energías de las que morían. El y sus camaradas bolcheviques están convencidos de que en todo momento puede realizarse el socialismo. Se nutren del pensamiento marxista. Son revolucionarios, no evolucionistas. Y el pensamiento revolucionario niega el tiempo como factor de progreso. Niega que todas las experiencias intermedias entre la concepción del socialismo y su realización deban tener, en el tiempo y el espacio, una confirmación absoluta e integral. Basta que estas experiencias actúen en el pensamiento para que sean superadas y se pueda ir más allá. Es necesario, sin embargo, sacudir, conquistar las conciencias. Y Lenin con sus camaradas han sacudido nuestras conciencias, nos han conquistado. Su persuasión no ha sido sólo audacia de pensamiento; ha encarnado en hombres, en muchos hombres; ha fructificado en obras; ha creado el grupo seguro que era necesario para oponerse a los compromisos definitivos, a todo aquello que pudiera convertirse en definitivo. Es la revolución continua. Toda la vida se ha hecho verdaderamente revolucionaria, es una actividad siempre actual, un continuo cambio, una permanente excavación en el bloque amorfo del pueblo. Se suscitan nuevas ideas-fuerza. Los hombres son finalmente así artífices de su destino: todos los hombres. Es imposible que se formen minorías despóticas. El control es siempre vivo y

ardoroso. A partir de ahora existe un fermento que descompone y recompone los agregados sociales sin pausa e impide las cristalizaciones, impide que la vida se adormezca en el éxito momentáneo.

Lenin y sus camaradas más destacados pueden ser arrastrados en el curso de las tempestades que han desencadenado. No desaparecerán todos cuantos les siguen. Son ya demasiado numerosos. Y el incendio revolucionario se propaga, prende corazones y cerebros nuevos, los transforma en antorchas de nueva luz, de nuevas llamas devoradoras de indolencias y fatigas. La revolución procede hasta su completa realización. Está aún lejano el tiempo en que será posible un relativo descanso. Y la vida es siempre revolución.

LA REVOLUCION CONTRA EL CAPITAL[1]

La revolución de los bolcheviques se ha insertado definitivamente en la revolución general del pueblo ruso. Los maximalistas, que hasta hace dos meses fueron el fermento necesario para que los acontecimientos no se detuvieran, para que la marcha hacia el futuro no concluyera, dando lugar a una forma definitiva de aposentamiento —que habría sido un aposentamiento burgués— se han adueñado del poder, han establecido su dictadura y están elaborando las formas socialistas en las que la revolución tendrá finalmente que hacer un alto para continuar desarrollándose armónicamente, sin exceso de grandes choques, a partir de las grandes conquistas ya realizadas.

La revolución de los bolcheviques se compone más de ideologías que de hechos. (Por eso, en el fondo, nos importa poco saber más de cuanto ya sabemos.) Es la revolución contra *El Capital* de Carlos Marx. *El Capital* de Marx era, en Rusia, el libro de los burgueses más que el de los proletarios. Era la demostración crítica de la necesidad ineluctable de que en Rusia se formase una burguesía, se iniciase una era capitalista, se instaurase una civilización de tipo occidental, antes de que el proletariado pudiera siquiera pensar en su insurrección, en sus

[1] Firmado Antonio Gramsci, *Avanti,* edición milanesa, 24 de noviembre de 1917; fue reproducido por *Il Grido del Popolo* del 5 de enero de 1918, con la siguiente nota: *la censura torinesa mutiló completamente ya una vez este artículo en el* Grido. *Lo reproducimos ahora del* Avanti, *pasado por la criba de las censuras de Milán y Roma.*

reivindicaciones de clase, en su revolución. Los hechos han superado las ideologías. Los hechos han reventado los esquemas críticos según los cuales la historia de Rusia hubiera debido desarrollarse según los cánones del materialismo histórico. Los bolcheviques reniegan de Carlos Marx al afirmar, con el testimonio de la acción desarrollada, de las conquistas obtenidas, que los cánones del materialismo histórico no son tan férreos como se pudiera pensar y se ha pensado.

No obstante hay una ineluctabilidad incluso en estos acontecimientos y si los bolcheviques reniegan de algunas afirmaciones de *El Capital,* no reniegan el pensamiento inmanente, vivificador. No son *marxistas,* eso es todo; no han compilado en las obras del Maestro una doctrina exterior de afirmaciones dogmáticas e indiscutibles. Viven el pensamiento marxista, lo que no muere nunca, la continuación del pensamiento idealista italiano y alemán, contaminado en Marx de incrustaciones positivistas y naturalistas. Y este pensamiento sitúa siempre como máximo factor de historia no los hechos económicos, en bruto, sino el hombre, la sociedad de los hombres, de los hombres que se acercan unos a otros, que se entienden entre sí, que desarrollan a través de estos contactos (civilidad) una voluntad social, colectiva, y comprenden los hechos económicos, los juzgan y los condicionan a su voluntad, hasta que esta deviene el motor de la economía, plasmadora de la realidad objetiva, que vive, se mueve y adquiere carácter de material telúrico en ebullición, canalizable allí donde a la voluntad place, como a ella place.

Marx ha previsto lo previsible. No podía prever la guerra europea, o mejor dicho, no podía prever la duración y los efectos que esta guerra ha tenido. No podía prever que esta guerra, en tres años de

sufrimientos y miseria indecibles suscitara en Rusia la voluntad colectiva popular que ha suscitado. Semejante voluntad necesita *normalmente* para formarse un largo proceso de infiltraciones capilares; una extensa serie de experiencias de clase. Los hombres son perezosos, necesitan organizarse, primero exteriormente, en corporaciones, en ligas; después, íntimamente, en el pensamiento, en la voluntad...[2] de una incesante continuidad y multiplicidad de estímulos exteriores. He aquí porqué *normalmente,* los cánones de crítica histórica del marxismo captan la realidad, la aprehenden y la hacen evidente, inteligible. *Normalmente* las dos clases del mundo capitalista crean la historia a través de la lucha de clases cada vez más intensa. El proletariado siente su miseria actual, se halla en continuo estado de desazón y presiona sobre la burguesía para mejorar sus condiciones de existencia. Lucha, obliga a la burguesía a mejorar la técnica de la producción, a hacer más útil la producción para que sea posible satisfacer sus necesidades más urgente. Se trata de una apresurada carrera hacia lo mejor, que acelera el ritmo de la producción, que incrementa continuamente la suma de bienes que servirán a la colectividad. Y en esta carrera caen muchos y hace más apremiante el deseo de los que quedan. La masa se halla siempre en ebullición, y de caos-pueblo se convierte cada vez más en orden en el pensamiento, se hace cada vez más consciente de su propia potencia, de su propia capacidad para asumir la responsabilidad social, para devenir árbitro de su propio destino.

Todo esto, normalmente. Cuando los hechos se repiten con un cierto ritmo. Cuando la historia se desarrolla a través de momentos cada vez más complejos y ricos de significado y de valor pero, en

[2] Laguna en el texto.

definitiva, similares. Mas en Rusia la guerra ha servido para sacudir las voluntades. Estas, con los sufrimientos acumulados en tres años, se han puesto al unísono con gran rapidez. La carestía era inminente, el hambre, la muerte por hambre, podía golpear a todos, aniquilar de un golpe a decenas de millones de hombres. Las voluntades se han puesto al unísono, al principio mecánicamente; activa, espiritualmente tras la primera revolución.[3]

Las prédicas socialistas han puesto al pueblo ruso en contacto con las experiencias de los otros proletariados. La prédica socialista hace vivir en un instante, dramáticamente, la historia del proletariado, su lucha contra el capitalismo, la prolongada serie de esfuerzos que tuvo que hacer para emanciparse idealmente de los vínculos de servilismo que le hacían abyecto, para devenir conciencia nueva, testimonio actual de un mundo futuro. La prédica socialista ha creado la voluntad social del pueblo ruso. ¿Por qué debía esperar ese pueblo que la historia de Inglaterra se renueve en Rusia, que en Rusia se forme una burguesía, que se suscite la lucha de clases para que nazca la conciencia de clase y sobrevenga finalmente la catástrofe del mundo capitalista? El pueblo ruso ha recorrido estas magníficas experiencias con el pensamiento, aunque se trate del pensamiento de una minoría. Ha superado estas experiencias. Se sirve de ellas para afirmarse, como se servirá de las experiencias capitalistas occidentales para colocarse, en breve tiempo, al nivel de producción del mundo occidental. América del Norte está, en el sentido capitalista, más adelantada que Inglaterra, porque en América del Norte los anglosajones han comenzado de golpe a partir del estadio a que Inglaterra había llegado tras una larga evolución. El proletariado ruso, edu-

[3] La revolución de febrero (marzo) 1917.

cado en sentido socialista, empezará su historia desde el estadio máximo de producción a que ha llegado la Inglaterra de hoy, porque teniendo que empezar, lo hará a partir de la perfección alcanzada ya por otros y de esa perfección recibirá el impulso para alcanzar la madurez económica que según Marx es condición del colectivismo. Los revolucionarios crearán ellos mismos las condiciones necesarias para la realización *completa y plena* de su ideal. Las crearán en menos tiempo del que habría empleado el capitalismo.

* * *

Las críticas que los socialistas han hecho y harán al sistema burgués, para evidenciar las imperfecciones, el dispendio de riquezas, servirán a los revolucionarios para hacerlo mejor, para evitar esos dispendios, para no caer en aquellas deficiencias. Será, en principio, el colectivismo de la miseria, del sufrimiento. Pero las mismas condiciones de miseria y sufrimiento serían heredadas por un régimen burgués.

El capitalismo no podría hacer jamás *súbitamente* más de lo que podrá hacer el colectivismo. Hoy haría mucho menos, porque tendría *súbitamente* en contra a un propletariado descontento, frenético, incapaz de soportar durante más años los dolores y las amarguras que el malestar económico acarrea. Incluso desde un punto de vista absoluto, humano, el socialismo inmediato tiene en Rusia su justificación. Los sufrimientos que vendrán tras la paz sólo serán soportables si los proletarios sienten que de su voluntad y tenacidad en el trabajo depende suprimirlos en el más breve plazo posible.

Se tiene la impresión de que los maximalistas hayan sido en este momento la expresión espontánea, *biológicamente* necesaria, para que la huma-

nidad rusa no caiga en el abismo, para que, absorbiéndose en el trabajo gigantesco, autónomo, de su propia regeneración, pueda sentir menos los estímulos del lobo hambriento y Rusia no se transforme en una enorme carnicería de fieras que se entredevoran.

CONSTITUYENTE Y SOVIET[1]

La disolución de la Constituyente, inmediatamente después de su primera reunión,[2] no es sólo un episodio de violencia jacobina, como les gusta presentarlo a los periodistas que aún no han comprendido nada de lo que está sucediendo en Rusia.

La Constituyente era el mito vago y confuso del periodo prerrevolucionario. Mito intelectualista, continuación en el futuro de las tendencias sociales que se podían captar en la parte más aparencial y superficial de las confusas fuerzas revolucionarias de antes de la revolución.

Estas fuerzas se han pronunciado y definido en parte, se pronuncian y definen cada vez más. Espontánea, libremente, están elaborando, según su naturaleza intrínseca, las formas representativas a través de las que deberá ejercerse la soberanía del proletariado. Estas formas representativas no están reconocidas en la Constituyente, es decir, en un parlamento de tipo occidental, elegido según los sistemas de la democracia occidental. El proletariado ruso nos ha ofrecido un primer modelo de representación directa de los productores: los soviets. Ahora la soberanía ha vuelto a los soviets. ¿Definitivamente? La falta absoluta de informaciones sobre lo que se piensa y se dice a este propósito en los medios proletarios rusos no permite ninguna respuesta.

Conocemos sólo la exterioridad de los aconteci-

[1] *Il Grido del Popolo,* 26 de enero de 1918.
[2] En la noche del 18 al 19 de enero de 1918.

mientos, no el espíritu íntimo que los anima. Vemos en la disolución de la Constituyente sólo la apariencia violenta, el golpe de fuerza. ¿Jacobinismo? El jacobinismo es un fenómeno plenamente burgués, potencialmente de minorías. Una minoría que está segura de transformarse en mayoría absoluta, si es que no en la totalidad de los ciudadanos, no puede ser jacobina, no puede tener como programa la dictadura perpetua. Esa minoría ejerce provisionalmente la dictadura para permitir a la mayoría efectiva organizarse, hacerse consciente de sus necesidades intrínsecas e instaurar su propio orden al margen de todo apriorismo, según las leyes espontáneas de esa necesidad (tres líneas y tres cuartos censuradas).

WILSON Y LOS MAXIMALISTAS RUSOS [1]

Existe en la historia una lógica superior a los hechos contingentes, superiores a la voluntad de los individuos aislados, a la actividad de los grupos particulares, a la contribución de laboriosidad de las naciones. Lo que no significa que estas voluntades, estas actividades, estas contribuciones sean esfuerzos vanos, tentativas falaces de ilusos que creen sustraerse y quizás imponerse a la fatalidad de los acontecimientos.

La eficacia creadora de la voluntad y de las iniciativas humanas está condicionada en el espacio y en el tiempo. Lo que aparece ante nosotros frecuentemente no es más que la imagen vana de la vida. Nuestras pasiones y deseos nos empujan a interpretar los acontecimientos particulares de una forma más que de otra. Y estas mismas interpretaciones llegan a ser, a su vez, determinantes de historia, suscitadoras de laboriosidad activa, si bien no sea más que en reducidas zonas y pequeños hechos. Entretanto, en el colosal choque de tantas iniciativas contrapuestas, que se destruyen y se integran, la vida prosigue implacable, conforme a una línea que resulta de estas destrucciones e integraciones. Sólo *después* podemos juzgar, y este después es más o menos futuro cuanto más extensas y grandes son las fuerzas que se entrechocan, cuanto más profundos son los estratos de humanidad que participan en la actividad social.

[1] No firmado, *Il Grido del Popolo*, 2 de marzo de 1918.

Existen en la historia derrotas que más tarde aparecen como luminosas victorias, presuntos muertos que han hecho hablar de ellos ruidosamente, cadáveres de cuyas cenizas la vida ha resurgido más intensa y productora de valores.

Los hombres en lo particular, los grupos particulares pueden ser derrotados, pueden morir, puede incluso perecer su recuerdo. Pero no muere su actividad positiva, no muere su pensamiento en cuanto interpreta una aspiración racional de la conciencia humana. Por el contrario, se propaga, deviene energía de multitudes, se transforma en costumbres. Y vence, se afirma victoriosa.

Frecuentemente, quien parecía haber comprendido y vencido se convierte en heredero del adversario, lo sustituye inconscientemente en su misión. El Medioevo cristiano fue revelándose como el integrador y continuador de la civilización romana, de la que, sin embargo, había aparecido a los letrados como el execrable enterrador.

Una gran afirmación de cultura no se alcanza en un año, en seis meses. ¿Deben renunciar por ello sus autores a la acción? La historia necesita tanto de mártires y derrotados como de triunfadores. Se nutre de la sangre de los héroes y del sacrificio anónimo de las multitudes. ¿Quién puede juzgar de un golpe de vista una derrota y una victoria, un sacrificio y una imbecilidad? Pero de gentes ligeras y de imbéciles está más surtido el mundo que de personas inteligentes y hombres serios. Y el hoy, la necesidad del hoy, fuerza a la injusticia, a la torpeza, a la malicia. Es inútil cualquier reproche. Sólo reconocemos el mérito una vez consumado el hecho. Muchos burgueses imprecan aún al jacobinismo francés de la Gran Revolución y no se han convencido todavía de que sin aquella violencia, sin

[2] D. Halevy, *Le Président Wilson*, París, 1918.

aquellas monstruosas injusticias, sin aquella sangre, incluso inocente, vertida, ellos serían aún siervos y sus mujeres, antes de serlo, habrían pagado el derecho de pernada a los señores feudales.

Se constituyen nuevas armonías, síntesis de vida más elevada y humana. Se transforman las opiniones bajo el aguijón de acuciantes necesidades, se aproximan a una idea antes despreciada, bien por no comprendida o por no políticamente ambientada. Se producen conversiones aun no existiendo pruebas lógicas de la transición.

Al principio son pocos los individuos que vibran bajo las corrientes ideales no acogidas por las masas. Pero esos pocos se multiplican, diseminados en el gran espacio del mundo civil: presionan sobre grupos y partidos. Sobrevienen oscilaciones de opinión hasta que todo un estrato social, una clase, una capa difusa alcanza la comprensión, hace suya una idea. Se revelan nuevas relaciones entre las ideologías y la economía. Capas productivas que habían sido sacrificadas, oprimidas, en beneficio de capas dominantes, se refuerzan, se convierten en la plataforma de una nueva orientación política, se desarrollan, absorben la acción y dan consistencia a nuevas realidades.

La conmoción de ideas provocada por la guerra ha revelado dos fuerzas nuevas: el presidente Wilson, los maximalistas rusos. Ambos representan el extremo eslabón lógico de las ideologías burguesa y proletaria.

El presidente Wilson recibe en estos días testimonios de máxima simpatía. Es el hombre del hecho consumado. La obra suya es de corrección, de integración de los valores burgueses. Es un jefe de Estado, dirige un organismo social que existía con anterioridad a la guerra, que en ésta se ha reforzado y disciplinado más.

No obstante, el reconocimiento de su utilidad ha tardado tres años en afirmarse. Sus programas han causado mofa, se le ha vituperado, se le ha calificado de hipócrita, de vacuo. Ahora los juicios comienzan a ser revisados. Un hermoso libro de Daniel Halevy, que recoge los documentos de su pensamiento y su actividad política, es objeto de elogiosos artículos. Las cualidades ayer negativas son hoy pruebas de solidez. Giovanni Papini (y su testimonio es de valor, porque Papini, con sus caprichos, sus desigualdades, su particular ingenio, que lo mismo produce agudísimas y precursoras verdades que banales remiendos de palabras, se halla muy cercano al burgués medio italiano, anticipa la opinión de la burguesía media italiana) habría calificado a Wilson, hace dos años, de "suizo electivo", de "castrado", de aburrido predicador, como calificó a Romain Rolland tan cercano espiritualmente al presidente americano. Ahora, Papini exalta en Wilson el puritanismo, su calidad de profesor, predicador de principios y máximas morales y lo compara a los principales hombres de Estado de la historia: el magnífico Lorenzo de Médicis, Marco Aurelio, Federico el Grande, Julio César, hombres de pensamiento y acción, ideólogos y realizadores.

El reconocimiento de la *utilidad* histórica de los maximalistas rusos, o mejor, del maximalismo ruso, no podía tener lugar, por supuesto, ahora, en lo inmediato; probablemente no ocurrirá en el transcurso de la guerra ni inmediatamente después de la paz. Pero presentimos que sucederá sin falta, que la historia reserva al maximalismo ruso lugar de primer orden, superior al de los jacobinos franceses, como el socialismo es superior a las ideologías burguesas.

El maximalismo ruso es la Rusia mártir, es el sacrificio de una nación a una idea para que ésta no muera y salve a la humanidad. El martirio de Rusia ha esclarecido ya muchas mentes, ha elevado el nivel político de las naciones, ha hecho ya triunfar algunos de los principios con los cuales los Estados tendrán que medirse al concluir la paz. El futuro de las naciones y los pueblos deberá a los maximalistas rusos las mayores garantías de paz que indudablemente se verán aseguradas. Los maximalistas rusos han encontrado una nación agotada, desorganizada, en completa desintegración. Durante seis meses han apuntalado las ruinas, han hecho que la humanidad rusa diera lo único que podía dar: una deslumbrante luz ideal, que ha fortalecido muchos espíritus, que ha hecho recuperar conciencia a multitudes perdidas en la ceguera del frenesí bélico. El programa de Wilson, la paz de las naciones, se realizará sólo por el sacrificio de Rusia, por el martirio de Rusia. Entre las ideologías medias de la burguesía italiana, francesa, inglesa, alemana y el maximalismo ruso hay un abismo; la distancia ha disminuido, aproximándose al extremo eslabón lógico burgués, al programa del presidente Wilson. El presidente Wilson será el triunfador de la paz; pero para su triunfo ha sido necesario el martirio de Rusia. Wilson lo ha sentido y ha rendido homenaje a aquellos que, sin embargo, son también sus adversarios (once líneas censuradas).

UN AÑO DE HISTORIA [1]

Ha transcurrido un año desde el día en que el pueblo ruso obligaba al zar Nicolás II a abdicar y a coger el camino del exilio. La conmemoración del aniversario es poco alegre. Dolor, ruina, aparente hundimiento, contraofensiva burguesa con las bayonetas y las ametralladoras alemanas.

¿Ha terminado la revolución rusa? ¿Ha fallado en Rusia el proletariado en la tentativa de insurrección más grande que jamás haya emprendido en su historia? Las apariencias son desalentadoras: los generales alemanes han llegado a Odesa; se dice que los japoneses están a punto de intervenir; cincuenta millones de ciudadanos han sido separados de la revolución, y con ellos las tierras más fértiles, las salidas al mar, los caminos de la civilización y de la vida económica. La revolución, nacida del dolor y la desesperación, continúa en el dolor y el sufrimiento, oprimida en un anillo de potencias enemigas, inmersa en un mundo económico refractario a sus ideales, a sus fines.

En marzo de 1917 el telégrafo nos anunció que un mundo se había hundido en Rusia; mundo ya efímero, inanimado espectro de un poder que había surgido, se había fortalecido, se había arrastrado en medio de la violencia sanguinaria, la opresión de los espíritus, la tortura de las carnes desgarradas.

De este poder había surgido una gran máquina estatal: 170 millones de criaturas humanas habían

[1] Sin firma, *Il Grido del Popolo,* 16 de marzo de 1918.

sido forzadas a olvidar su humanidad, su espiritualidad, para servir. ¿A quién? A la idea del Imperio ruso, del gran Estado ruso que debía abrirse paso a los mares calientes y abiertos para asegurar a la actividad económica contra cualquier competencia, contra cualquier sorpresa bélica. El Imperio ruso era una monstruosa necesidad del mundo moderno: para vivir, para desarrollarse, para asegurarse las vías de la actividad, 10 razas, 170 millones de seres humanos debían someterse a una feroz disciplina estatal, renunciar a la humanidad y ser puro instrumento del poder. Siglos de martirio y sacrificio, y el martirio se hace más agudo cuanto más se afirma la civilización y refina la conciencia. La necesidad de independencia, de autonomía, se hace sentir más punzante, pero la razón de Estado debe sofocarla, debe exterminar millares, centenares de millares de individuos para conservar la unidad, para mantener atados en un haz a esos 170 millones de seres que sólo por el número resisten a la competencia capitalista, contrapesan las fuerzas adversas de la concurrencia mundial. Los individuos pierden toda autonomía, toda libertad, para que el Estado pueda ser autónomo y libre entre los otros Estados. Así sucede que los individuos alcanzan en su conciencia cimas de espiritualidad inexistente en ningún otro país. La literatura rusa es el testimonio doloroso de una conciencia interior sin igual; jamás se ha registrado semejante búsqueda de valores humanos, semejante exploración interior, semejante conquista de personalidad. La literatura rusa es un documento único en la historia porque inigualado era el dolor, la humillación a que los hombres eran sometidos en Rusia. Los cuerpos se doblan bajo el peso de la cadena social, y las almas, a las que se ha privado de la contemplación del mundo exterior, se retuercen sobre sí mismas, y se alza un canto sublime y sobrehumano, canto de dolor recóndito, de desesperación, de purificación, del que sólo en los profetas del pueblo de Israel puede encontrarse una pálida semejanza.

En marzo de 1917 la máquina monstruosa se desploma, pútrida, deshecha en su congénita impotencia.

Los hombres se ponen en pie, se miran en los ojos. Todos los valores humanos adquieren la primacía, la exterioridad no tiene ya valor; ha causado demasiado daño, demasiados dolores, ha vertido demasiada sangre. Comienza la verdadera historia. Cada hombre quiere ser dueño de sus destinos; se quiere que la sociedad se vea plasmada en obediencia al espíritu y no a la inversa. La organización de la convivencia civil debe ser expresión de humanidad, debe respetar toda la autonomía, toda la libertad. Comienza la nueva historia de la sociedad humana, comienza la experiencia nueva de la historia del espíritu humano. Y vienen a coincidir con las expresiones que el ideal socialista había dado a las necesidades elementales de los hombres. Los socialistas, como núcleo político ascienden al poder sin demasiado esfuerzo: las palabras de su fe coinciden con las aspiraciones confusas y difusas del pueblo ruso. Los socialistas deben realizar la nueva organización, dictar las nuevas leyes, establecer la nueva ordenación.

El pasado sigue subsistiendo; es desintegrado. Persiste el espectro de la ruina, del desorden, de la confusión. Parece que se retorne a la sociedad de la barbarie, esto es, a la no sociedad. El pasado subsiste más allá del territorio de la libertad, y presiona, quiere la revancha. El orden nuevo tarda en realizarse. ¿Tarda? No tarda, no, hombres escépticos y malvados, porque no se rehace una sociedad en un *fiat*, porque el mal del pasado no es un edificio de

cartón que arda en un instante. La vida es doloroso esfuerzo, lucha tenaz contra las costumbres, contra la animalidad y el instinto primitivo que continuamente ladra. No se crea una sociedad humana en seis meses, cuando tres años de guerra han dejado al país exhausto, carente de los medios mecánicos para la vida civil. No se organizan de nuevo millones y millones de hombres en libertad, así, simplemente, cuando todo es adverso y no subsiste más que el espíritu indomable. La historia de la Revolución rusa no se ha cerrado ni se cerrará con el aniversario de su inicio. Como un canto existe en la fantasía del poeta antes que en el libro impreso, la nueva organización social existe en las conciencias y en las voluntades. Los hombres cambian, esto es lo importante. Se quiere lo externo, el libro impreso. Se grita ante cada fracaso, ante cada tropiezo aparente; se pide a los rusos lo que los historiadores no piden a las revoluciones pasadas: la fulmínea creación de un orden nuevo. Se atribuyen propósitos que jamás han existido, esperanzas que nunca han sido soñadas. Y estos propósitos, estas esperanzas son comparadas con la realidad actual para llegar a la conclusión del fracaso, del fiasco. Con la realidad que se dice surgida de un año de nueva historia, cuando procede de siglos de bestial opresión del hombre en la historia. Se pide lo imposible, lo que jamás se ha pedido a los hombres del pasado. ¿Cuántas veces ha visto la Revolución francesa su capital ocupada por los enemigos? Y la ocupación se producía después de que Napoleón hubiera organizado autoritariamente a las fuerzas revolucionarias y conducido a los ejércitos franceses de victoria en victoria. Y Francia era bien poca cosa en comparación con la inmensa Rusia. No, las fuerzas mecánicas no prevalecen jamás en la historia; son los hombres, es la conciencia, es el espíritu lo que plasma la apariencia exterior y acaba siempre triunfando. Se ha cerrado un año de historia, pero la historia continúa (seis líneas censuradas).

UTOPIA [1]

Las Constituciones políticas dependen necesariamente de la estructura económica, de las formas de producción y cambio. Simplemente con enunciar esta fórmula hay muchos que creen haber resuelto todos los problemas políticos e históricos, hallarse ya en condiciones de dar lecciones a diestra y siniestra, de poder, sin más, juzgar los acontecimientos y concluir, por ejemplo: Lenin es un utopista, los infelices proletarios rusos viven en plena utopía y les aguarda, implacamente, un terrible despertar.

La verdad es que no existen dos Constituciones políticas iguales entre sí, como no existen dos estructuras económicas iguales. La verdad es que la fórmula no es en absoluto la seca expresión de una ley natural y la consecuencia (Constitución política), las relaciones, son todo lo contrario que simples y directas: la historia de un pueblo no se explica sólo por los hechos económicos. El desenvolvimiento de causas y efectos es complejo y enredado y para desembrollarlo no sirve más que el estudio

[1] Firmado A. G., *Avanti*, edic. piamontesa, 25 de julio de 1918. El artículo, con el título *La utopía rusa*, fue reproducido en *Il Grido del Popolo* del 27 de julio, precedido de las siguientes líneas: *La censura turinesa ha saboteado este artículo en el número anterior del* Grido, *reduciéndolo a unas cuantas líneas sin ilación. Lo reproducimos ahora íntegramente del* Avanti, *con el visto bueno de las censuras milanesa y romana para que los lectores puedan juzgar los criterios* (dos líneas censuradas) *que regulan la actividad periodística de Turín, y porque el artículo se halla estrechamente relacionado con los otros que sobre la revolución rusa han aparecido en* Il Grido.

profundo y diverso de todas las actividades espirituales y prácticas, un estudio que únicamente es posible cuando los acontecimientos se han ordenado en una continuidad, esto es, mucho tiempo, sí, mucho después de que los hechos ocurran. El estudioso puede sostener con seguridad que una determinada Constitución política no resultará victoriosa (no durará permanentemente) más que si se sostiene indisoluble e intrinsecamente en una determinada estructura económica, pero su afirmación no tiene valor más que como indicio genérico; mientras los hechos transcurren ¿cómo podrá saber de qué modo preciso se establecerá esta dependencia? Las incógnitas son más numerosas que los datos ciertos y controlables y cada una de ellas puede echar por tierra una deducción aventurada. La historia no es un cálculo matemático; en ella no existe un sistema métrico decimal, una enumeración progresiva de cantidades iguales que permita las cuatro operaciones, las ecuaciones y extracción de raíces: la cantidad (estructura económica) se convierte en calidad porque llega a ser instrumento de acción en manos de los hombres, de hombres cuyo valor no depende sólo del peso, la estatura, la energía mecánica que puedan desarrollar los músculos y los nervios, sino, esencialmente, de su espíritu, de lo que sufren, comprenden, gozan, quieren o rechazan. En una revolución proletaria la incógnita "humanidad" es más oscura que en cualquier otro acontecimiento: la espiritualidad difusa del proletariado ruso como la de los otros proletariados en general, no ha sido nunca estudiada, y quizás sea imposible hacerlo. El éxito o el fracaso de la revolución podrá proporcionarnos los elementos fiables de su capacidad para crear la historia, pero por ahora sólo cabe esperar.

Quien no espera, sino que pretende establecer inmediatamente juicio definitivo, se propone en

realidad otros fines: fines políticos inmediatos a alcanzar entre los hombres a los que se dirige su propaganda. Afirmar que Lenin es un utopista no es un hecho cultural, no es un juicio histórico; es un acto político inmediato. Afirmar, a secas, que las Constitucionse políticas, etc., etc., no es una posición doctrinal; es el intento de suscitar una cierta mentalidad para que la acción se oriente en una dirección más que en otra.

Ninguna acción permanece sin resultados en la vida y el creer en una teoría más que en otra tiene sus reflejos particulares en la acción; incluso el error deja huellas de sí, en cuanto que divulgado y aceptado puede retardar (si bien no impedir) la obtención de un fin.

Es esto una prueba de que no es la estructura económica la que determina directamente la acción política, sino la interpretación que se dé de ella y de las llamadas leyes que gobiernan su desarrollo. Estas leyes no tienen nada de común con las leyes naturales, las cuales tampoco son datos objetivos sino tan sólo construcción de nuestro pensamiento, esquemas útiles prácticamente para la comodidad del estudio y la enseñanza.

Los acontecimientos no dependen del arbitrio de uno solo, ni siquiera del de un grupo aunque sea numeroso; dependen de la voluntad de muchos, voluntad que se pone de manifiesto en el cumplimiento o incumplimiento de ciertos actos y en las posturas espirituales correspondientes, dependiendo de la conciencia que una minoría tiene de esta voluntad y de la mayor o menor sabiduría para dirigirla hacia un fin común, tras haberla encuadrado en los poderes del Estado.

¿Por qué los individuos, en su mayoría, sólo realizan determinados actos? Porque no tienen otra finalidad social que la conservación de su propia

integridad fisiológica y moral; por ello se adaptan a las circunstancias, repiten mecánicamente algunos gestos que, por experiencia o por la educación recibida (resultado de la experiencia ajena), han resultado idóneos para obtener el fin deseado: poder vivir. Esta similitud en la acción de la mayoría produce una similitud de efectos, da a la actividad económica una cierta estructura: nace el concepto de ley. Sólo la persecución de un fin superior corroe esta adaptación al medio ambiente; si el fin humano no es ya el simple vivir sino la vida cualificada, se realizan esfuerzos superiores y conforme se extiende el fin humano superior se llega a transformar el ambiente, se instauran nuevas jerarquías, distintas de las existentes, para regular las relaciones entre los individuos y el Estado, tendentes a sustituir a aquellas para la general realización del fin humano superior.

Quien hace de estas pseudo-leyes algo absoluto, ajeno a las voluntades individuales, y no una adaptación psicológica al ambiente, debida a la debilidad de los individuos (al no estar organizados y, en consecuencia, a la incertidumbre del futuro), no puede concebir que la psicología pueda cambiar, que la debilidad pueda devenir fuerza. Y sin embargo, así sucede. Y la ley, la pseudo-ley se quiebra. Los individuos salen de su soledad y se asocian. Pero ¿cómo transcurre este proceso asociativo? Incluso esto no se consigue concebirlo más que midiéndolo por la ley absoluta, en concepto de normalidad, y cuando —por el conocimiento retrasado o el prejuicio— la ley no salta súbitamente a los ojos, se juzga y se sentencia: utopía, utopistas.

Lenin es pues un utopista, el proletariado ruso, desde el primer día de la revolución hasta hoy, vive en plena utopía y le aguarda, implacable, un terrible despertar.

Si a la historia rusa se le aplican los esquemas abstractos, genéricos, construidos para poder seguir los capítulos del desarrollo normal de la actividad económica y política del mundo occidental, la ilación no puede ser más que aquella. Pero cada fenómeno histórico es "individual"; el desarrollo está gobernado por el ritmo de la libertad; la búsqueda no debe ser de necesidad genérica sino de necesidad particular. El proceso causativo debe ser estudiado intrínsecamente a los acontecimientos rusos, no desde un punto de vista genérico y abstracto.

En los acontecimientos de Rusia existe indudablemente la relación de necesidad, una relación de necesidad capitalista; la guerra ha sido la condición económica, el sistema de vida práctica que ha determinado el nuevo Estado, que ha sustanciado de necesidad la dictadura del proletariado: *la guerra que la Rusia atrasada ha debido reñir en la misma forma que los Estados capitalistas más avanzados.*

En la Rusia patriarcal no podía producirse la concentración de seres humanos que es característica de un país industrializado, condición para que los proletarios se conozcan entre sí, se organicen y adquieran conciencia de su potencia de clase para promover un fin humano universal. Un país y una agricultura extensiva aislan a los individuos, hacen imposible el conocimiento igual y difundido, imposibilitan la unidad social proletaria, la conciencia concreta de clase que da la medida de la propia fuerza y la voluntad de instaurar un régimen permanentemente legitimado por esa fuerza.

La guerra es la máxima concentración de la actividad económica en manos de unos pocos (los dirigentes de los Estados); y va acompañada de la máxima concentración de hombres en cuarteles y trincheras. Rusia en guerra era, en verdad, el país de la utopía: con hombres de invasiones bárbaras el

Estado creyó posible hacer una guerra de organización, de técnica, de resistencia espiritual, una guerra que sólo estaba al alcance de una humanidad salida de las fábricas y las máquinas. La guerra era la utopía y la Rusia zarista patriarcal se ha derrumbado bajo la altísima tensión del esfuerzo impuesto al y por el belicoso enemigo. Pero las condiciones suscitadas por el inmenso poder del Estado despótico han producido las consecuencias necesarias: las grandes masas de individuos socialmente solitarios, reunidas, concentradas en un pequeño espacio geográfico han experimentado sentimientos nuevos, han desarrollado una inaudita solidaridad humana. Cuanto más se sentían débiles antes, en el aislamiento, y se plegaban al despotismo, tanto más grande fue la revelación de la fuerza colectiva existente, tanto más prepotente y tenaz el deseo de conservarla y de construir sobre ella la nueva sociedad.

La disciplina despótica se fundió y sobrevino un periodo de caos. Los hombres buscaban organizarse, ¿pero, cómo? ¿Y cómo conservar la unidad humana creada en el sufrimiento?

El filisteo se adelanta y responde: la burguesía debía restablecer el orden en el caos, porque así ha ocurrido siempre, porque a la economía patriarcal y feudal sucede siempre la burguesía y la Constitución política burguesa. El filisteo no ve salvación al margen de los esquemas preestablecidos; no comprende la historia más que como un organismo natural que atraviesa momentos fijados y previsibles de desarrollo. Si siembras una bellota puedes estar segura de que no obtendrás más que un germen de castaño, que crecerá lentamente y únicamente tras cierto número de años dará fruto. Pero la historia no es un castaño ni los hombres son bellotas.

¿Dónde estaba en Rusia la burguesía capaz de realizar esa tarea? Y si su dominio es una ley natural, ¿cómo es que la ley no ha funcionado?

Esta burguesía no ha hecho acto de presencia; los pocos burgueses que trataron de imponerse fueron arrastrados. ¿Debían vencer, imponerse, aun siendo pocos, incapaces y débiles? ¿De qué santo óleo habían sido ungidos los inocentes para que aun perdiendo tuvieran que triunfar? ¿Resultará que el materialismo histórico es tan sólo una reencarnación del legitimismo, del derecho divino?

DE NUEVO UTOPIA [1]

Quien encuentra a Lenin utopista, quien afirma que la tentativa de la dictadura proletaria en Rusia es una tentativa utópica, no puede ser socialista consecuente, no construye su cultura estudiando la doctrina del materialismo histórico: es un católico encorsetado en el Silabus. El es el único y auténtico utopista.

La utopía consiste, en efecto, en no lograr concebir la historia como libre desarrollo, en ver el futuro como una entidad ya perfilada, en creer en los planos preestablecidos. La utopía es el filisteismo ridiculizado por Heine; los reformistas son los filisteos y los utopistas del socialismo, como los proteccionistas y los nacionalistas son los filisteos y los utopistas de la burguesía capitalista Eric von Treitschke es el máximo exponente del filisteismo alemán, como Augusto Comte e Hipólito Taine representan el filisteismo francés y Vicenzo Gioberti el italiano. Son los que predican la misión histórica nacional o creen en las vocaciones individuales, los que hipotecan el futuro y creen aprisionarlo en sus esquemas preestablecidos, los que no conciben la divina libertad y gimen continuamente sobre el pasado porque *las cosas van mal.*

No conciben la historia como libre desarrollo —de energías libres, que nacen y se integran libremente— diverso de la evolución natural, como el hombre y las asociaciones humanas son diversas de las

[1] Segunda parte del artículo anterior.

moléculas y los agregados de moléculas. No han aprendido que la libertad es la fuerza inmanente de la historia, que hace saltar todo esquema preestablecido.

Los filisteos del socialismo han reducido la doctrina socialista a un harapo del pensamiento, la han maculado y se enfadan cémicamente con quienes, a su parecer, no la respetan.

En Rusia la libre afirmación de las energías individuales y asociadas ha destrozado los obstáculos de las palabras y los planes preestablecidos. La burguesía ha intentado imponer su dominación y ha fracasado. El proletariado ha asumido la dirección de la vida política y económica y realiza su propio orden. Su orden, no el socialismo, porque el socialismo no se realiza con un *fiat* mágico; el socialismo es un devenir, un desarrollo de momentos sociales continuamente enriquecidos de valores colectivos.

El proletariado realiza su orden, constituyendo instituciones políticas que garantizan la libertad de este desarrollo, que aseguran la permanencia de su poder.

La dictadura es la institución fundamental que garantiza la libertad, que impide los golpes de mano de las minorías facciosas. Es garantía de libertad porque no es un método de pepetuar sino que permite crear y consolidar los organismos permanentes en que la dictadura se disolverá una vez cumplida su misión.

Tras la revolución, Rusia no era aún libre, porque no existían las garantías de la libertad, porque la libertad no había sido todavía organizada.

El problema consistía en suscitar una jerarquía, pero jerarquía abierta, que no pudiera cristalizar en orden de casta y de clase.

De la masa, del número, se debía llegar a lo

singular, de forma que existiese una unidad social, que la autoridad fuese exclusivamente autoridad espiritual.

Los núcleos vivos de esta jerarquía son los soviets y los partidos populares. Los soviets son las organizaciones primordiales a integrar y desarrollar y los bolcheviques se han convertido en el partido del gobierno porque sostienen que los poderes del Estado deben depender y ser controlados por los soviets.

El caos ruso se aglomera en torno a estos elementos de orden: comienza el nuevo orden. Se constituye una jerarquía: de la masa desorganizada y sufrida se pasa a los obreros y campesinos organizados, a los soviets, al partido bolchevique y a lo singular: Lenin.

Es la gradación jerárquica del prestigio y de la confianza, formada espontáneamente y que se mantiene a través de la libre elección.

¿Dónde está la utopía en esta espontaneidad? Utopía es la autoridad, no la espontaneidad, y es utopía en cuanto se convierte en carrerismo, se convierte en casta y pretende ser eterna; la libertad no es utopía porque es aspiración primordial, porque toda la historia de los hombres es lucha y trabajo a fin de suscitar instituciones sociales que garanticen el máximo de libertad.

Una vez formada esta jerarquía desarrolla su propia lógica. Los soviets y el partido bolchevique no son organismos cerrados; se integran continuamente. He ahí el dominio de la libertad, he ahí la garantía de la libertad. No son castas, son organismos en continuo desarrollo. Representan la progresión del conocimiento, representan la organizabilidad de la sociedad rusa.

Todos los trabajadores pueden formar parte de los soviets, todos los trabajadores pueden influir en

modificarlos, en hacerlos más expresivos de su voluntad y sus deseos. La vida política rusa está dirigida de tal modo que tiende a coincidir con la vida moral, con el espíritu universal de la humanidad rusa. Se produce un cambio continuo en esta etapa jerárquica: un individuo burdo se afina en la discusión para la elección de sus representantes al soviet; el mismo puede ser el representante; controla este organismo porque lo tiene siempre ante los ojos, en su propio territorio. Adquiere el sentido de la responsabilidad social, se transforma en ciudadano operante al decidir de los destinos de su país.

Y así el poder, el conocimiento se extiende, a través de esta jerarquía, del singular al plural, y la sociedad aparece como nunca lo había hecho en la historia.

Este es el impulso vital de la nueva historia rusa. ¿Qué hay en ello de utópico? ¿Dónde está el plan preestablecido que se pretende realizar incluso contra las condiciones de la economía y la política? La revolución rusa es el dominio de la libertad: la organización se construye por espontaneidad, no por la arbitrariedad de un "héroe" que se impone con la violencia. Se trata de una superación humana continua y sistemática, que sigue una jerarquía, que crea los órganos necesarios para la nueva vida social.

Pero, entonces, ¿no es el socialismo? No, no es el socialismo en el sentido vulgarísimo que dan a la palabra los filisteos constructores de proyectos mastodónticos; es la sociedad humana que se desarrolla bajo el control del proletariado. Cuando éste se halle organizado en su mayoría, la vida social será más rica de contenido socialista que nunca y el proceso de socialización seguirá intensificándose más y perfeccionándose. Porque el socialismo no se

instaura a fecha fija sino que es un continuo devenir, un desarrollo infinito en régimen de libertad organizada y controlada por la mayoría de los ciudadanos, o por el proletariado.

LA OBRA DE LENIN[1]

La prensa burguesa de todos los países, y especialmente la francesa (la distinción especial depende de razones intuitivas) no ha ocultado su inmensa alegría por el atentado contra Lenin.[2] Los siniestros cuervos del antisocialismo se han lanzado ávidamente sobre el presunto cadáver ensangrentado (¡oh, cruel destino, cuántos píos deseos, cuántos tiernos ideales has destrozado!), han exaltado a la gloriosa homicida, han reverdecido la táctica, exquisitamente burguesa, del terrorismo y del crimen político.

Los cuervos se han visto defraudados: Lenin vive y deseamos, para bien y fortuna del proletariado, que recupere pronto el vigor físico y retorne a su puesto militante del socialismo internacional.

La bacanal periodística habrá tenido, incluso, su eficacia histórica: los proletarios han captado su significación social. Lenin es el hombre más odiado en el mundo, como un día lo fue Carlos Marx (*doce líneas censuradas*).

Lenin ha consagrado toda su vida a la causa del proletariado: la contribución que ha dado al desarrollo de la organización y a la difusión de las ideas socialistas en Rusia es inmensa. Hombre de

[1] No firmado, *Il Grido del Popolo,* 14 de septiembre de 1918.

[2] El 30 de agosto de 1918, a la salida de la fábrica Nichelson, donde había participado en un mitin, Lenin fue herido por la socialista-revolucionaria Fanja (y no Dora como se dice en el artículo) Kaplan.

pensamiento y de acción, encuentra su fuerza en el carácter moral; su popularidad entre las masas obreras es homenaje espontáneo a su rígida intransigencia hacia el régimen capitalista. Jamás se ha dejado deslumbrar por la apariencia superficial de la sociedad moderna, esa apariencia que otros han tomado por la misma realidad, cayendo de error en error.

Lenin, aplicando el método utilizado por Marx, encontró que lo real es el profundo e insalvable abismo que el capitalismo ha abierto entre el proletariado y la burguesía, el siempre creciente antagonismo entre las dos clases. Al explicar los fenómenos sociales y políticos y al fijar al partido la vía a seguir, en todos los momentos de su vida, jamás perdió de vista el más potente resorte de toda la actividad económica y política: la lucha de clases.

El pertenece a la legión de los más fervorosos y convencidos campeones del internacionalismo del movimiento obrero. Toda acción proletaria debe estar subordinada y coordinada al internacionalismo, debe poder tener carácter internacionalista. Cualquier iniciativa, en cualquier momento, aunque sea transitorio, que entre en conflicto con este ideal supremo debe ser combatida inexorablemente: porque cualquier desviación, por pequeña que sea, del camino que conduce directamente al triunfo del socialismo internacional es contraria a los intereses del proletariado, intereses lejanos e inmediatos, y sólo sirve para dificultar la lucha y prolongar la dominación de la clase burguesa.

El, el fanático, el *utopista,* fundamenta su pensamiento, su acción, y la del partido, únicamente sobre esa profunda e incoercible realidad de la vida moderna, no sobre fenómenos superficialmente vis-

tosos, que conducen a los socialistas, cada vez que se dejan deslumbrar por ellos, a ilusiones y errores que ponen siempre en peligro al conjunto del movimiento.

Por eso Lenin ha visto siempre triunfar sus tesis, mientras que aquellos que le reprochaban su "utopismo" y exaltaban su propio realismo, se han visto vergonzosamente aplastados por los grandes acontecimientos históricos.

Apenas estallada la revolución, y antes de partir para Rusia, Lenin había advertido a sus camaradas: *"Desconfiad de Kerenski"*;[3] los acontecimientos posteriores le han dado plena razón. En el entusiasmo de las primeras horas por la caída del zarismo, la mayoría de la clase obrera y muchos de sus dirigentes se dejaron convencer por la fraseología de Kerenski, el cual, con su mentalidad pequeño-burguesa, carente de todo programa y de una concepción socialista de la sociedad, podía conducir la revolución a la derrota y arrastrar al proletariado ruso por una vía peligrosa para el futuro de nuestro movimiento *(tres líneas censuradas).*

* * *

Llegado a Rusia, Lenin empezó a desplegar enseguida su acción esencialmente socialista y que podría sintetizarse en la frase de Lassalle: *"Decir lo que es"*: una crítica aguda e implacable del imperialismo de los cadetes (partido constitucional-demócratico, el principal partido liberal de Rusia), de la fraseología de Kerenski y del colaboracionismo de los mencheviques.

[3] Lenin escribe concretamente: "Kerenski toca la balalaika para engañar a los obreros y los campesinos..." ver la primera de las cinco "Cartas de lejos", publicada en *Pravda* del 21 al 22 de marzo (3 y 4 de abril), (página 23 de las "Obras Escogidas", Editorial Progreso, Moscú).

Basándose en el estudio crítico profundizado de las condiciones económicas y políticas de Rusia, del carácter de la burguesía rusa y de la misión histórica del proletariado ruso, Lenin, desde 1905, había llegado a la conclusión de que por el elevado grado de conciencia de clase del proletariado y dado el desarrollo de la lucha de clases, toda lucha política se transformaría en Rusia necesariamente en lucha social contra el orden burgués. Esta situación especial de la sociedad rusa se veía demostrada incluso por la incapacidad de la clase capitalista para dirigir una lucha seria contra el zarismo a fin de sustituirle en el poder político. Después de la revolución de 1905, en la que experimentalmente se demostró la enorme fuerza del proletariado, la burguesía tuvo miedo de todo movimiento político en el que el proletariado hubiese participado y, por necesidad histórica de conservación, se hizo sustancialmente contrarrevolucionaria. La fiel expresión de este estado de ánimo fue proporcionada por el mismo Miliukof cuando en uno de sus discursos en la Duma afirmó que prefería la derrota militar a la revolución.

La caída de la autocracia rusa no varió en nada los sentimientos y las directivas de la burguesía rusa; al contrario, su sustancia reaccionaria fue creciendo a medida que la fuerza y la conciencia del proletariado se concretaba. La tesis histórica de Lenin se confirmó: el proletariado se transformó en el gigantesco protagonista de la historia; pero se trataba de un gigante ingenuo, entusiasta, pleno de fe en sí mismo y en los demás. La lucha de clases, reñida en un ambiente de despotismo feudal, le había dado conciencia de su unidad social, de su potencia histórica, pero no le había educado en el método frío y realista, no le había formado una voluntad concreta. La burguesía simuló empequeñecerse, disimuló sus rasgos esenciales con frases altisonantes; para sus juegos de manos se sirvió de Kerenski, el hombre más popular entre las masas al principio de la revolución; los mencheviques y los socialistas-revolucionarios (no marxistas, herederos del partido terrorista, intelectuales pequeñoburgueses) le ayudaron inconscientemente, con su colaboracionismo, a ocultar sus intenciones reaccionarias e imperialistas.

Contra este engaño se alzó vigorosamente el partido bolchevique, con Lenin a la cabeza, desenmascarando implacablemente las verdaderas intenciones de la burguesía rusa, combatiendo la táctica nefasta de los mencheviques que entregaba el proletariado, atado de pies y manos, a la burguesía. Los bolcheviques reclamaron todo el poder para los soviets, porque era la única garantía contra toda forma de manejos reaccionarios de las clases poseedoras.

Al inicio, los propios soviets, bajo la influencia de los mencheviques y los socialistas-revolucionarios, se oponían a esa solución y preferían dividirse el poder con los diversos elementos de la burguesía liberal; incluso la masa, excepto una minoría más avanzada, dejaba hacer, sin ver clara la realidad, mistificada por Kerenski y por la presencia de los mencheviques en el gobierno (*diecisiete líneas censuradas*).

El desarrollo de los acontecimientos dio completa razón a la crítica severa y aguda de Lenin y los bolcheviques, quienes habían sostenido que la burguesía no sólo no tenía deseo ni capacidad para dar una solución democrática a los objetivos de la revolución, sino que, ayudada inconscientemente por los socialistas colaboracionistas, habría conducido el país a la dictadura militar, instrumento político necesario para la consecución de los fines

imperialistas y reaccionarios. Las masas obreras y campesinas, mediante la propaganda de los bolcheviques, comenzaron a darse cuenta de lo que sucedía, adquirieron creciente capacidad y sensibilidad política; su exasperación estalló por primera vez en julio, con la sublevación de Petrogrado, fácilmente reprimida por Kerenski. Esta sublevación, aunque justificada por la funesta política de Kerenski, no tenía sin embargo la adhesión de los bolcheviques y de Lenin, porque el soviet seguía oponiéndose a tomar todo el poder en sus manos y, en consecuencia, cualquier sublevación se dirigía contra el soviet, que, bien o mal, representaba a la clase.

* * *

Era preciso, por tanto, proseguir la propaganda clasista y persuadir a los obreros de que enviasen al soviet delegados convencidos de la necesidad de que el soviet asumiese todo el poder en el país. Aparece aquí evidente el carácter esencialmente democrático de la acción bolchevique, dirigida a dar capacidad y conciencia política a las masas, para que la dictadura del proletariado se instaurase de modo orgánico y resultase forma madura del régimen social económico-político.

A acelerar el desarrollo de los acontecimientos contribuyó, además de la postura cada vez más provocadora de la burguesía, la tentativa militar de Kornilof de marchar sobre Petrogrado para apoderarse del poder, y después Kerenski, con sus gestos napoleónicos, con la formación de un gabinete compuesto de conocidos reaccionarios, con su parlamento no elegido por sufragio universal, y, finalmente, con la prohibición del Congreso panruso de los Soviets, auténtico golpe de Estado contra el

pueblo, inicio de la traición burguesa a la revolución.

Las tesis de Lenin y de los bolcheviques, sostenidas, repetidas, propagadas con perseverancia y tenacidad desde el inicio de la revolución, encontraban en la realidad una confirmación plena: el proletariado, todo el proletariado de la ciudad y del campo, se agrupó resueltamente en torno a los bolcheviques, derribó la dictadura personal de Kerenski y entregó el poder al Congreso de los Soviets de toda Rusia.

Como era natural, el Congreso panruso de los Soviets, convocado pese a la prohibición de Kerenski, confió, en medio del entusiasmo general, el cargo de presidente del Consejo de comisarios del pueblo a Lenin, que tanta abnegación había demostrado por la causa del pueblo y tanta clarividencia al juzgar los hechos y al trazar el programa de acción de la clase obrera (*treinta y cinco líneas censuradas*).

La prensa burguesa de todos los países ha presentado siempre a Lenin como un "dictador" que se ha impuesto por la violencia sobre un pueblo exterminado y al que oprime ferozmente. Los burgueses no logran concebir la sociedad si no es encuadrada en sus esquemas doctrinarios: la dictadura para ellos es Napoleón, acaso Clemenceau, y el despotismo concentrador de todo el poder político en las manos de un solo hombre y ejercido a través de una jerarquía de siervos armados de fusiles o ejecutores de prácticas burocráticas. Por eso la burguesía ha exultado ante la noticia del atentado contra nuestro camarada y ha decretado su muerte: desaparecido el "dictador" insustituible, todo el nuevo régimen debe hundirse estrepitósamente, según su concepción (*sesenta y tres líneas censuradas*).

Lenin ha sido agredido cuando salía de una fábrica, en la que había mantenido una conferencia con los obreros. El "feroz dictador" continúa, pues, su misión de propagandista, está siempre en contacto con los proletarios, a los que transmite la palabra de la fe socialista, la incitación a la labor tenaz de resistencia revolucionaria, para construir, para mejorar, para progresar, mediante el trabajo, el desinterés, el sacrificio. Fue alcanzado por el disparo del revólver de una mujer, una socialista-revolucionaria, antigua militante de la subversión terrorista. El episodio contiene todo el drama de la Revolución rusa. Lenin es el frío estudioso de la realidad histórica, que tiende orgánicamente a construir una sociedad nueva sobre bases sólidas y permanentes, de acuerdo con los preceptos de la concepción marxista; es el revolucionario que construye sin hacerse ilusiones frenéticas, obedeciendo a la razón, a la prudencia. Dora Kaplan era una humanista, una utopista, hija espiritual del jacobinismo francés, que no logra comprender la función histórica de la organización y de la lucha de clases, que cree que el socialismo significa paz inmediata entre los hombres, paraíso idílico de dicha y amor; que no comprende cuán compleja es la sociedad y qué difícil la tarea de los revolucionarios cuando apenas acaban de transformarse en gestores de la responsabilidad social. Obraba de buena fe y creía poder hacer alcanzar a la humanidad rusa la felicidad, liberándola del "monstruo". No hay buena fe, por supuesto, en sus glorificadores burgueses, los cuervos repugnantes de la prensa capitalista. Ellos exaltaron al socialista-revolucionario Chiakovski, quien en Arkangel aceptó ponerse al frente del movimiento antibolchevique y derribó el poder de los Soviets; una vez que cumplió su misión antisocialista, ha sido enviado al exilio por los burgueses rusos, encabezados por el coronel Schiaplin, quienes ahora se mofan del viejo loco, del soñador.

La justicia revolucionaria ha castigado a Dora Kaplan; el viejo Chiakovski paga en una isla helada el delito de haber servido de instrumento de la burguesía, y son los burgueses los que le han castigado y se ríen de él.

RUSIA Y EL MUNDO[1]

La resolución adoptada en la Conferencila de la Paz respecto a la República rusa de los Soviets es aún diversamente comentada por los periódicos de la *Entente*. Como impresión general se puede señalar una general complacencia en la prensa inglesa, por el hecho de que el programa del presidente Wilson haya prevalecido en esta deliberación particular, y una desconcertante contrariedad en la prensa francesa.

Mas estos comentarios de la prensa burguesa tienen una importancia relativa: pueden servir tan sólo de indicio general para conocer a qué nivel de cultura política han llegado algunos medios periodísticos y "círculos competentes" que dirigen las grandes corrientes de la opinión pública internacional.

El problema planteado por la resolución de la conferencia de París no es un problema libresco de historia de la cultura; es el problema esencial de la postguerra mundial, la cuestión fundamental de la nueva ordenación jurídico-económica de la sociedad humana en busca de un equilibrio nuevo para la reanudación de la producción y del intercambio, no sólo de mercancías sino también de ideas.

¿Es posible, en sí, una convivencia pacífica entre la República de los Soviets y el resto del mundo, dado que en el resto del mundo persiste el predo-

1 Firmado A. G., *Avanti*, edic. piamontesa, 27 de enero de 1919, XXIII, n. 27).

minio político de las clases poseedoras, concebido por éstas como algo perpetuo? ¿Es posible entramar, de alguna manera, la actividad internacional de la República de los Soviets, de un Estado socialista, con la actividad de los Estados burgueses, aun cuando en éstos predomine el más radical liberalismo?

No lo creemos, aunque concedamos a la resolución de París toda la sacramental calidad wilsoniana de la lealtad, la sinceridad o la fuerza mayor. La imposibilidad reside en la misma cuestión, en el tejido vivo de la economía y de los hábitos sociales. La buena voluntad de los hombres políticos puede salvar leves contrastes de forma, puede determinar regulaciones internacionales transitorias, obligando a los rebeldes a reconocer su condición de subalternos en la jerarquía de los Estados, pero a condición de que exista homogeneidad de sustancia y de forma entre los Estados que se regulan y subordinan.

Entre la República de los Soviets y los restantes Estados del mundo no existe homogeneidad, no puede subsistir, pues, cohesión. Así como los proletarios nacionales no pueden colaborar con la burguesía, sin disolverse como energía espiritual e histórica y sin empobrecer y oscurecer toda la vida del mundo, así la República de los Soviets no puede colaborar con los Estados burgueses, no puede entramarse en un orden internacional dominado por el capitalismo sin traicionar la misión histórica connatural a sus orígenes y su desarrollo progresivo.

La resolución de París es, pues, considerada como un episodio contingencial en la vida internacional, sin posibilidad de desarrollos jurídicos e históricos que tengan ningún carácter de estabilidad.

Podrá dar lugar a un pacto, no sustancialmente diferente de un laudo arbitral entre un empresario y el personal de la empresa, pero no podrá producir

un tratado de alianza para una cooperación permanente; el Estado ruso, con la abolición de las clases en el ámbito de su soberanía, se ha convertido en un Estado proletario que está frente a los Estados capitalistas, en la posición dialéctica de la lucha de clases.

Rusia colabora en el mundo con el proletariado internacional, comparte con éste las esperanzas y los dolores, es sensible a las vicisitudes diversas de la lucha que el proletariado internacional riñe para conquistar el poder político y abolir las clases en el ámbito de cada uno de los Estados capitalistas.

La resolución de París podrá producir una tregua en la lucha, tregua puramente militar; el peligro no desaparecerá con el cese del esfuerzo militar. Reñida entre Estados, la lucha de clases puede tener los efectos de una guerra militar. Un paro perdido significa frecuentemente la disolución de una asociación profesional; venciendo en la lucha de clases interestatal, el mundo capitalista puede determinar la disolución por agotamiento del Estado proletario ruso.

La paz militar no significa, pues, para la república rusa el libre desarrollo de la revolución comunista. Este libre desarrollo está condicionado por la existencia en el mundo de una gran organización proletaria y del desarrollo de ésta contra la organización capitalista. La Comuna rusa se realiza con la realización del socialismo en el mundo; es apenas más socialista de cuanto es socialista el resto del mundo; entrará en el proceso definitivo de socialización cuando en el resto del mundo el proletariado haya realizado su dictadura política.

La resolución de París, en cuanto es producto real de un equilibrio de fuerzas entre las clases en lucha en el seno de los Estados de la *Entente*, es un episodio contingencial; su productividad depende de la energía del proletariado y del tiempo que sea

necesario para la subida del proletariado al poder en los principales Estados burgueses del mundo, para que el *laudo* se convierta en *contrato* permanente y la República de los Soviets colabore solidariamente con el mundo.

LA INTERNACIONAL COMUNISTA [1]

La Internacional Comunista ha nacido [2] de y con la revolución proletaria y con ella se desarrolla. Ya tres grandes Estados proletarios, las Repúblicas soviéticas de Rusia, Ucrania y Hungría, constituyen su base real histórica.

En una carta a Sorge del 12 de septiembre de 1874, Federico Engels escribía a propósito de la I Internacional en vías de disolución: "La Internacional ha dominado diez años de historia europea y puede contemplar su obra con orgullo. Pero ha sobrevivido en su forma anticuada. Creo que la próxima Internacional será, una vez que los trabajos de Marx hayan hecho su labor durante unos cuantos años, directamente comunista e instaurará nuestros principios".

La II Internacional no justificó la fe de Engels. Sin embargo, después de la guerra y tras la experiencia positiva de Rusia, han sido trazados netamente los contornos de la Internacional revolucionaria, de la Internacional de las realizaciones comunistas.

La Internacional tiene por base la aceptación de estas tesis fundamentales, elaboradas de acuerdo con el programa de la Liga Espartaco de Alemania

[1] Firmado A. G., *L'Ordine Nuovo*, 24 de mayo de 1919, en la sección "Vida, política internacional".

[2] La Internacional Comunista, o III Internacional, fue fundada en Moscú y el primer congreso constitutivo tuvo lugar del 2 al 6 de marzo de 1919. El Partido Socialista italiano se adhirió a la I.C. inmediatamente.

y del Partido Comunista (bolchevique) de Rusia:

1) La época actual es la época de la descomposición y el fracaso de todo el sistema mundial capitalista, lo que significará el fracaso de la civilización europea si el capitalismo no es suprimido con todos sus antagonismos irremediables.

2) La tarea del proletariado en la hora actual consiste en la conquista del poder del Estado. Esta conquista significa: supresión del aparato gubernativo de la burguesía y organización de un aparato gubernativo proletario.

3) Este nuevo gobierno es la dictadura del proletariado industrial y de los campesinos pobres, que debe ser el instrumento de la supresión sistemática de las clases explotadoras y de su expropiación. El tipo de Estado proletario no es la falsa democracia burguesa, forma hipócrita de la dominación oligárquica financiera, sino la democracia proletaria, que realizará la libertad de las masas trabajadoras; no el parlamentarismo, sino el autogobierno de las masas a través de sus propias órganos electivos; no la burocracia de carrera, sino órganos administrativos creados por las propias masas, con participación real de las masas en la administración del país y en la tarea socialista de construcción. La forma concreta del Estado proletario es el poder de los Consejos y de las organizaciones similares.

4) La dictadura del proletariado es la orden de expropiación inmediata del capital y de la supresión del derecho de la propiedad privada sobre los medios de producción, que deben ser transformados en propiedad de toda la nación. La socialización de la gran industria y de sus centros organizadores, la banca; la confiscación de la tierra de los propietarios latifundistas y la socialización de la producción agrícola capitalista (entendiendo por socialización la supresión de la propiedad privada, el paso de la

propiedad al Estado proletario y el establecimiento de la administración socialista a cargo de la clase obrera); el monopolio del gran comercio; la socialización de los grandes palacios en las ciudades y de los castillos en el campo; la introducción de la administración obrera y la concentración de las funciones económicas en manos de los órganos de la dictadura proletaria; he ahí la tarea del gobierno proletario.

5) A fin de asegurar la defensa de la revolución socialista contra los enemigos del interior y el exterior, y para socorrer a otras fracciones nacionales del proletariado en lucha, es necesario desarmar totalmente a la burguesía y a sus agentes y armar a todo el proletariado sin excepción.

6) La actual situación mundial exige el máximo contacto entre las diferentes fracciones del proletariado revolucionario, exige incluso el bloque total de los países en que la revolución socialista es ya victoriosa.

7) El método principal de lucha es la acción de las masas del proletariado hasta el conflicto abierto contra los poderes del Estado capitalista.

La totalidad del movimiento proletario y socialista mundial se orienta decididamente hacia la Internacional Comunista. Los obreros y los campesinos perciben, aunque sea confusa y vagamente, que las repúblicas soviéticas de Rusia, Ucrania y Hungría son las células de una nueva sociedad que cristaliza todas las aspiraciones y esperanzas de los oprimidos del mundo. La idea de la defensa de las revoluciones proletarias contra los asaltos del capitalismo mundial debe servir para estimular los fermentos revolucionarios de las masas: en este terreno es necesario concertar una acción enérgica y simultánea de los partidos socialistas de Inglaterra, Francia e Italia que imponga el cese de cualquier

ofensiva contra la República de los Soviets. La victoria del capitalismo occidental sobre el proletariado ruso significaría arrojar a Europa durante dos decenios en brazos de la más feroz y despiadada reacción. Para impedirlo, para lograr reforzar la Internacional Comunista, la única que puede dar al mundo la paz en el trabajo y la justicia, ningún sacrificio debe parecernos demasiado grande.

LA PODA DE LA HISTORIA [1]

¿Qué reclama aún la historia al proletariado ruso para legitimar y hacer permanentes sus victorias? ¿Qué otra poda sangrienta, qué más sacrificios pretende esta soberana absoluta del destino de los hombres?

Las dificultades y las objeciones que la revolución proletaria debe superar se han revelado inmensamente superiores a las de cualquier otra revolución del pasado. Estas tendían tan sólo a corregir las formas de la propiedad privada y nacional de los medios de producción y de cambio; afectaban a una parte limitada de los elementos humanos. La revolución proletaria es la máxima revolución; porque quiere abolir la propiedad privada y nacional, y abolir las clases, afecta a todos los hombres y no sólo a una parte de ellos. Obliga a todos los hombres a moverse, a intervenir en la lucha, a tomar partido explícitamente. Transforma fundamentalmente la sociedad; de organismo unicelular (de individuos-ciudadanos) la transforma en organismo pluricelular; pone como base de la sociedad núcleos ya orgánicos de la sociedad misma. Obliga a toda la sociedad a identificarse con el Estado; quiere que todos los hombres sean conocimiento espiritual e histórico. Por eso la revolución proletaria es social; por eso debe superar dificultades y objeciones inauditas; por eso la historia reclama para su buen logro

1 Sin firma, *L'Ordine Nuovo*, 7 de enero de 1919.

podas monstruosas como las que el pueblo ruso se ve obligado a resistir.

La revolución rusa ha triunfado hasta ahora de todas las objeciones de la historia. Ha revelado al pueblo ruso una aristocracia de estadistas como ninguna otra nación posee; se trata de un par de millares de hombres que han dedicado toda su vida al estudio (experimental) de las ciencias políticas y económicas, que durante decenas de años de exilio han analizado y profundizado todos los problemas de la revolución, que en la lucha, en el duelo sin par contra la potencia del zarismo, se han forjado un carácter de acero, que, viviendo en contacto con todas las formas de la civilización capitalista de Europa, Asia y América, sumergiéndose en las corrientes mundiales de los cambios y de la historia, han adquirido una conciencia de responsabilidad exacta y precisa, fría y cortante como las espadas de los conquistadores de imperios.

Los comunistas rusos son un núcleo dirigente de primer orden. Lenin se ha revelado, testimonian cuantos le han conocido, como el más grande estadista de la Europa contemporánea; el hombre cuyo prestigio se impone naturalmente, capaz de inflamar y disciplinar a los pueblos; el hombre que logra dominar en su vasto cerebro todas las energías sociales del mundo que pueden ser desencadenadas en beneficio de la revolución; el hombre que tiene en ascuas y derrota a los más refinados y astutos estadistas de la *rutina* burguesa.

Pero una cosa es la doctrina comunista, el partido político que la propugna, la clase obrera que la encarna conscientemente, y otra el inmenso pueblo ruso, destrozado, desorganizado, arrojado a un sombrío abismo de miseria, de barbarie, de anarquía, de aniquilación en una prolongada y desastrosa guerra. La grandeza política, la histórica obra maestra

de los bolcheviques consiste precisamente en haber puesto en pie al gigante caído, en haber dado de nuevo (o por la primera vez) una forma concreta y dinámica a esta desintegración, a este caos; en haber sabido fundir la doctrina comunista con la conciencia colectiva del pueblo ruso, en haber construido los sólidos cimientos sobre los que la sociedad comunista ha iniciado su proceso de desarrollo histórico; en una palabra: en haber traducido históricamente en la realidad experimental la fórmula marxista de la dictadura del proletariado. La revolución es eso, y no un globo hinchado de retórica demagógica, cuando se encarna en un tipo de Estado, cuando se transforma en un sistema organizado del poder. No existe sociedad más que en un Estado, que es la fuente y el fin de todo derecho y de todo deber, que es garantía de permanencia y éxito de toda actividad social. La revolución es proletaria cuando de ella nace, en ella se encarna un Estado típicamente proletario, custodio del derecho proletario, que cumple sus funciones esenciales como emanación de la vida y del poder proletario.

Los bolcheviques han dado forma estatal a las experiencias históricas y sociales del proletariado ruso, que son las experiencias de la clase obrera y campesina internacional; han sistematizado en un organismo complejo y ágilmente articulado su vida íntima, su tradición y su más profunda y apreciada historia espiritual y social. Han roto con el pasado, pero han continuado el pasado; han despedazado una tradición, pero han desarrollado y enriquecido una tradición; han roto con el pasado de la historia dominado por las clases poseedoras, han continuado, desarrollado, enriquecido la tradición vital de la clase proletaria, obrera y campesina. En eso han sido revolucionarios y por eso han instaurado el nuevo orden y la nueva disciplina. La ruptura es

irrevocable porque afecta a lo esencial de la historia, sin más posibilidad de vuelta atrás que el desplomamiento sobre la sociedad rusa de un inmenso desastre. Y era esta iniciación de un formidable duelo con todas las necesidades de la historia, desde las más elementales a las más complejas, lo que había que incorporar al nuevo Estado proletario, dominar, frenar, en las funciones del nuevo Estado proletario.

Se precisaba conquistar para el nuevo Estado a la mayoría leal del pueblo ruso; mostrar al pueblo ruso que el nuevo Estado era su Estado, su vida, su espíritu, su tradición, su más precioso patrimonio. El Estado de los Soviets tenía un núcleo dirigente, el Partido comunista bolchevique; tenía el apoyo de una minoría social, representante de la conciencia de clase, de los intereses vitales y permanentes de toda la clase, los obreros de la industria. Se ha transformado en el Estado de todo el pueblo ruso, merced a la tenaz perseverancia del Partido comunista, a la fe y la entusiasta lealtad de los obreros, a la asidua e incesante labor de propaganda, de esclarecimiento, de educación de los hombres excepcionales del comunismo ruso, dirigidos por la voluntad clara y rectilínea del maestro de todos, Lenin. El Soviet ha demostrado ser inmortal como forma de sociedad organizada que responde plásticamente a las multiformes necesidades (económicas y políticas), permanentes y vitales, de la gran masa del pueblo ruso, que encarna y satisface las aspiraciones y las esperanzas de todos los oprimidos del mundo.

La prolongada y desgraciada guerra había dejado una triste herencia de miseria, de barbarie, de anarquía; la organización de los servicios sociales estaba deshecha; la misma comunidad humana se había reducido a una horda nómada, sin trabajo, sin voluntad, sin disciplina, materia opaca de una inmensa descomposición. El nuevo Estado recogió de la matanza los trozos torturados de la sociedad y los recompuso, los soldó; reconstruyó una fe, una disciplina, un alma, una voluntad de trabajo y de progreso. Misión que puede constituir la gloria de toda una generación.

No basta. La historia no se conforma con esta prueba. Formidables enemigos se alzan implacables contra el nuevo Estado. Se pone en circulación moneda falsa para corromper al campesino, se juega con su estómago hambriento. Rusia se ve cortada de toda salida al mar, de todo intercambio comercial, de cualquier solidaridad; se ve privada de Ucrania, de la cuenca del Donetz, de Siberia, de todo mercado de materias primas y de víveres. En un frente de diez mil kilómetros, bandas armadas amenazan con la invasión; se pagan sublevaciones, traiciones, vandalismo, actos de terrorismo y de sabotaje. Las victorias más clamorosas se convierten, mediante la traición, en súbitos fiascos.

No importa. El poder de los Soviets resiste. Del caos que sigue a la derrota, crea un poderoso ejército que se transforma en la espina dorsal del Estado proletario. Presionado por imponentes fuerzas antagónicas, encuentra en sí el vigor intelectual y la plasticidad histórica para adaptarse a las necesidades de la contingencia, sin desnaturalizarse, sin comprometer el feliz proceso de desarrollo hacia el comunismo.

El Estado de los Soviets demuestra así ser un momento inevitable e irrevocable del proceso ineluctable de la civilización humana; ser el primer núcleo de una nueva sociedad.

Y puesto que los otros Estados no pueden convivir con la Rusia proletaria y son impotentes para destruirla, puesto que los enormes medios de que

el capital dispone —el monopolio de la información, la posibilidad de la calumnia, la corrupción, el bloqueo terrestre y marítimo, el boicot, el sabotaje, la impúdica deslealtad (Prinkipo),[2] la violación del derecho de gentes (guerra sin declaración), la presión militar con medios técnicos superiores— son impotentes contra la fe de un pueblo, es históricamente necesario que los otros Estados desaparezcan o se transformen al nivel de Rusia.

El cisma del género humano no puede prolongarse mucho tiempo. La humanidad tiende a la unificación interior y exterior, tiende a organizarse en un sistema de convivencia pacífica que permita la reconstrucción del mundo. La forma de régimen debe ser capaz de satisfacer las necesidades de la humanidad. Rusia, tras una guerra desastrosa, con el bloqueo, sin ayudas, contando con sus únicas fuerzas, ha sobrevivido dos años; los Estados capitalistas, con la ayuda de todo el mundo, exacerbando la expoliación colonial para sostenerse, continúan decayendo, acumulando ruinas sobre ruinas, destrucciones sobre destrucciones.

La historia es, pues, Rusia; la vida está, pues, en Rusia; sólo en el régimen de los Consejos encuentran adecuada solución los problemas de vida o de muerte que incumben al mundo. La Revolución rusa ha pagado su poda a la historia, poda de muerte, de miseria, de hambre, de sacrificio, de indomable voluntad. Hoy culmina el duelo: el pueblo ruso se ha puesto en pie, terrible gigante en su ascética escualidez, dominando la multitud de pigmeos que le agreden furiosamente.

[2] En enero de 1919, a propuesta de Lloyd George, y a pesar de la oposición de Francia, las potencias occidentales decidieron invitar a una conferencia en la isla de Prinkipo a los representantes del gobierno soviético y a los de los gobiernos contrarrevolucionarios existentes en Rusia. Las condiciones fijadas para la conferencia evidenciaban el propósito de obtener con una maniobra diplomática lo que resultaba irrealizable con la intervención armada.

Todo ese pueblo se ha armado para su Valmy. No puede ser vencido; ha pagado su poda. Debe ser defendido contra el orden de los ebrios mercenarios, de los aventureros, de los bandidos que quieren morder su corazón rojo y palpitante. Sus aliados naturales, sus camaradas de todo el mundo, deben hacerle oír un grito guerrero de irresistible eco que le abra las vías para el retorno a la vida del mundo.

ITALIA Y RUSIA [1]

¿Se halla Italia en guerra con la República de los Soviets? ¿Tienen motivos directos, "*nacionales*", los obreros y los campesinos italianos para su acción solidaria con los obreros y los campesinos de Rusia?

Sí, Italia hace la guerra a los obreros y los campesinos de Rusia, aunque ninguna declaración de guerra haya sido solemnemente proclamada. Soldados italianos han sido enviados a la costa de Murmansk y a Siberia con orden de matar obreros y campesinos rusos, contra el derecho de gentes; el Estado italiano mantiene junto al almirante Kolchak el destacamento dálmata del ejército checoslovaco, destacamento que, recientemente se habría cubierto de "gloria", según los periódicos reaccionarios ingleses, protegiendo con todo su ardor italiano a las bandas zaristas de Omsk, tras su derrota por el ejército rojo de los Soviets.

Sí, en su acción solidaria con las repúblicas obreras y campesinas, los obreros y los campesinos italianos actúan, además de por concepción internacionalista, por motivos nacionales, en tanto que "*pueblo soberano*", en tanto que "*ciudadanos*". El Estado italiano se ha embarcado en una guerra, ha empeñado la sangre y la riqueza, el prestigio del país, en una guerra no aprobada por los representantes legítimos del pueblo italiano. Si el pueblo italiano no está constituido por esclavos del poder guber-

[1] Sin firma, *L'Ordine Nuovo,* 14 de junio de 1919, I, n. 6. En la sección "La semana política".

nativo, por hombres sin conciencia política responsable, todos los ciudadanos italianos debieran unirse al proletariado en la acción de protesta; en un país de hombres libres no es concebible que el gobierno pueda disponer de la sangre y de la riqueza nacional, arbitrariamente, sin mandato, sin aprobación del Parlamento.

El proletariado muestra una vez más ser el atento depositario de los intereses vitales y permanentes de la nación, ser el único baluarte de las libertades esenciales de la nación. Pero la acción del proletariado no puede ser exclusiva y meramente política: la demostración política (el proletariado representa a la mayoría de la nación) debe ir acompañada por una acción social, desplegada con los métodos y la táctica propios a la clase trabajadora explotada. La propuesta de un contrabloqueo revolucionarios de los países en guerra contra las Repúblicas soviéticas, hecha por los extremistas suecos, se relaciona justamente con esta acción social: los marinos genoveses han dado un ejemplo. Los obreros de la industria mecánica y los trabajadores del transporte (descargadores, marineros y ferroviarios) tienen el deber de informarse, a través de los órganos competentes (comisiones de fábrica y organizaciones profesionales) del destino de los productos que dependen de su actividad; y negarse a fabricar y transportar las mercancías (municiones, víveres, correo, material técnico) destinado a Arkangel, Murmansk, Estonia, Bohemia, Rumania y el Cáucaso, para Denikin, y a Siberia, para Kolchak. El control obrero sobre la producción y las mercancías será el medio más enérgico (porque más permanente) con el que la clase obrera salvará a las Repúblicas soviéticas de la artera y desleal reacción que quiere asesinarlas a traición.

EL ESTADO Y EL SOCIALISMO[1]

Publicamos este artículo de *For Ever* aunque se trate de una colección de despropósitos y de divertida fraseología. Para *For Ever*, el Estado de Weimar es un Estado marxista; nosotros, los del "Ordine Nuovo" somos adoradores del Estado, queremos al Estado *ab aeterno* (*For Ever* quería decir *in aeternum*, evidentemente); el Estado socialista es lo mismo que el socialismo de Estado; han existido un Estado cristiano y un Estado plebeyo de Cayo Gracco; el Soviet de Saratov podría subsistir sin coordinar su producción y su actividad de defensa revolucionaria con el sistema general de los Soviets rusos, etc. Afirmaciones y necedades semejantes se presentan como una defensa de la anarquía. Y sin embargo publicamos el artículo de *For Ever*. *For Ever* no es sólo un hombre: es un tipo social. Desde este punto de vista no debe ser puesto de lado; merece ser conocido, estudiado, discutido y superado. Lealmente, amistosamente (la amistad no debe ser separada de la verdad y de toda la aspereza que la verdad comporta). *For Ever* es un pseudorevolucionario; quien basa su acción en mera fraseología ampulosa, en el frenesí de la palabrería, en el entusiasmo romántico, es simplemente un demagogo

[1] No firmado. *L'Ordine Nuovo*, 28 de junio a 5 de julio de 1919. Se trata de unas notas a un artículo de *For Ever* (el anarquista turinés Conrado Quaglino), titulado "En defensa de la anarquía", reproducido en la antología sobre *L'Ordine Nuovo* de la serie *La cultura italiana*, págs. 168-172.

y no un revolucionario. Para la revolución son necesarios hombres de mente sobria, hombres que no dejen sin pan las panaderías, que hagan marchar los trenes, que surtan las fábricas con materias primas y consigan cambiar los productos industriales por productos agrícolas, que aseguren la integridad y la libertad personal contra las agresiones de los malhechores, que hagan funcionar el complejo de servicios sociales y no reduzcan al pueblo a la desesperación y a la demencial matanza interna. El entusiasmo verbal y la fraseología desenfrenada hace reír (o llorar) cuando uno solo de esos problemas tiene que ser resuelto aunque sólo sea en una aldea de cien habitantes.

Pero *For Ever*, pese a ser un tipo característico no representa a todos los libertarios. En la redacción del *Ordine Nuovo* contamos con un comunista libertario, Carlo Petri.[2] Con Petri la discusión se sitúa en un plano superior; con comunistas libertarios como Petri el trabajo en común es necesario e indispensable; son una fuerza de la revolución. Leyendo el artículo de Petri publicado en el número pasado[3] y el de *For Ever* que publicamos en este número —para fijar los términos dialécticos de la idea libertaria: el ser y el no ser— hemos llegado a estas observaciones. Por supuesto, los camaradas Empédocles y Caesar,[3] a los que Petri[4] se refiere directamente, son libres de responder por su cuenta.

[2] El autor del artículo partía del trabajo de Gramsci, *La poda de la historia* para acusar a los socialistas, "comprendidos los revolucionarios. los soviéticos, los autonomistas", de ser adoradores del Estado, como los economistas burgueses y los socialdemócratas alemanes ("El Estado de Weimar"). *For Ever* afirmaba que "la Comuna es la negación aplastante del Estado" y que "un poder de políticos", aunque fuera el poder de Lenin y los bolcheviques, oprimía de todos modos al "individuo anárquico". "No hay diferencia —escribía C. Quaglino— entre ser oprimido y aplastado por la blusa obrera y la bandera roja o por la levita y la bandera tricolor".

[3] Carlo Petri se llamaba en realidad Carlo Mosso. Ingeniero mecánico, había sido adjunto del profesor Aníbal Pastore en la cátedra de Lógica y autor de algunos trabajos filosóficos. Sobre él, véase P. C. Masini, *Antonio Gramsci y L' Ordine Nuovo* vistos por un libertario, Impulso, 1956.

I

El comunismo se realiza en la Internacional proletria. El comunismo será tal sólo cuando y en tanto sea internacional. En este sentido, el movimiento socialista y proletario está contra el Estado, porque está contra los Estados nacionales capitalistas, porque está contra las economías nacionales que tienen su fuente de vida y toman su forma de los Estados nacionales.

Pero si de la Internacional Comunista se verán suprimidos los Estados nacionales, no sucederá lo mismo con el Estado, entendido como "forma" concreta de la sociedad humana. La sociedad como tal es pura abstracción. En la historia, en la realidad viva y corpórea de la civilización humana en desarrollo, la sociedad es siempre un sistema y un equilibrio de Estados, un sistema y un equilibrio de instituciones concretas, en las cuales la sociedad ad-

[3] *Empédocles* era el seudónimo utilizado por Palmiro Togliatti para sus notas aparecidas en la sección "Batalla de ideas", y Caeser era Cesare Seassro, un milanés que llegó al socialismo desde el catolicismo, trágicamente desaparecido en Fiume en agosto de 1921. El artículo de Petri se refería a trabajos de Togliatti (una recensión crítica de Gentile, *L'Ordine Nuovo*, n. 1) y de Seassaro (*El ejército socialista*) que consideraba heterodoxos respecto a la doctrina de la extinción del Estado puesto que preconizaban un Estado y un poder socialistas. La polémica fue continuada por Petri (*Comunismo anárquico*) en el número 2 del 28 de julio y concluída con una réplica de Togliatti (*Para cerrar una polémica*) en el número del 2 de agosto.

[4] Carlo Petri, *Emile Vandelverde, El socialismo contra el Estado*, en la sección "Batalla de ideas", n. 7(21 de junio de 1919.

quiere conciencia de su existencia y de su desarrollo y únicamente a través de las cuales existe y se desarrolla.

Cada conquista de la civilización se hace permanente, es historia real y no episodio superficial y caduco, en cuanto encarna en unas instituciones y encuentra una forma en el Estado. La idea socialista ha sido un mito, una difusa quimera, un mero arbitrio de la fantasía individual hasta que ha encarnado en el movimiento socialista y proletario, en las instituciones de defensa y ofensiva del proletariado organizado; en éste y por éste ha tomado forma histórica y ha progresado; de él ha generado el Estado socialista nacional, dispuesto y organizado de modo que le hace capaz para engranarse con los otros Estados socialistas; condicionado incluso de tal modo que sólo es capaz de vivir y desarrollarse en cuanto se adhiera a los otros Estados socialistas para realizar la Internacional Comunista en la que cada Estado, cada institución, cada individuo encontrará su plenitud de vida y de libertad.

En este sentido, el comunismo no está contra el "Estado" e incluso se opone implacablemente a los enemigos del Estado, a los anarquistas y anarcosindicalistas, y denuncia su propaganda como utópica y peligrosa para la revolución proletaria

Se ha construido un esquema preestablecido, según el cual el socialismo sería un "puente" a la anarquía; se trata de un prejuicio sin fundamento de una arbitraria hipoteca del futuro. En la dialéctica de las ideas, la anarquía es una continuación del liberalismo, no del socialismo; en la dialéctica de la historia, la anarquía se ve expulsada del campo de la realidad social junto con el liberalismo. Cuanto más se industrializa la producción de bienes materiales y a la concentración del capital corresponde una concentración de masas trabajadoras, tantos menos adeptos tiene la idea libertaria. El movimiento libertario se difunde aún donde prevalece el artesanado y el feudalismo rural; en las ciudades industriales y en el campo de cultivo agrario mecanizado, los anarquistas tienden a desaparecer como movimiento político, sobreviviendo como fermento ideal. En este sentido la idea libertaria dispondrá aún de un cierto margen para desplegarse; proseguirá la tradición liberal en cuanto ha impuesto y realizado conquistas humanas que no deben morir con el capitalismo.

Hoy, en el tumulto social promovido por la guerra, parece que la idea libertaria haya multiplicado el número de sus adeptos. No creemos que la idea tenga de qué vanagloriarse. Se trata de un fenómeno de regresión: a las ciudades han emigrado nuevos elementos, sin cultura política, sin entrenamiento en la lucha de clases con las formas complejas que la lucha de clases ha adquirido en la gran industria. La virulenta fraseología de los agitadores anarquistas prende en estas conciencias instintivas, apenas despiertas. Pero la fraseología pseudorevolucionaria no crea nada profundo y permanente. Y lo que predomina, lo que imprime a la historia el ritmo del progreso, lo que determina el avance seguro e incoercible de la civilización comunista no son los "muchachos", no es el *lumpenproletariado*, no son los *bohemios*, los diletantis, los románticos melenudos y excitados, sino las densas masas de los obreros de clase, los férreos batallones del proletariado consciente y disciplinado.

Toda la tradición liberal es contraria al Estado.

La literatura liberal es toda una polémica contra el Estado. La historia política del capitalismo se caracteriza por una continua y rabiosa lucha entre

el ciudadano y el Estado. El Parlamento es el órgano de esta lucha; y el Parlamento tiende precisamente a absorber todas las funciones del Estado, esto es, a suprimirlo, privándole de todo poder efectivo, puesto que la legislación popular está orientada a liberar a los órganos locales y a los individuos de cualquier servidumbre y control del poder central.

Esta postura liberal entra en la actividad general del capitalismo, que tiende a asegurarse más sólidas y garantizadas condiciones de concurrencia. La concurrencia es la enemiga más acérrima del Estado. La misma idea de la Internacional es de origen liberal; Marx la toma de la escuela de Cobden y de la propaganda por el libre cambio, pero lo hace críticamente. Los liberales son impotentes para realizar la paz y la Internacional nacional, porque la propiedad privada y nacional genera escisiones, fronteras, guerras, Estados nacionales en permanente conflicto entre ellos.

El Estado nacional es un órgano de concurrencia; desaparecerá cuando la concurrencia sea suprimida y un nuevo hábito económico haya aparecido, a partir de la experiencia concreta de los Estados socialistas.

La dictadura del proletariado es todavía un Estado nacional y un Estado de clase. Los términos de la concurrencia y de la lucha de clases han variado, pero concurrencia y clases subsisten. La dictadura del proletariado debe resolver los mismos problemas del Estado burgués: de defensa externa e interna. Estas son las condiciones reales, objetivas, que debemos tener en cuenta; razonar y obrar como si existiese ya la Internacional Comunista, como si estuviera superado ya el periodo de la lucha entre Estados socialistas y Estados burgueses, la despiadada concurrencia entre las economías nacionales

comunistas y las capitalistas, sería un error desastroso para la revolución proletaria.

La sociedad humana sufre un rapidísimo proceso de descomposición, coordinado al proceso de disolución del Estado burgués. Las condiciones reales objetivas en que se ejercerá la dictadura del proletariado serán condiciones de un tremendo desorden, de una espantosa indisciplina. Se hace necesaria la organización de un Estado socialista sumamente firme, que ponga fin lo antes posible a la disolución y la indisciplina, que devuelva una forma concreta al cuerpo social, que defienda la revolución de las agresiones externas y las rebeliones internas.

La dictadura del proletariado debe, por propia necesidad de vida y de desarrollo, asumir un acentuado carácter militar. Por eso el problema del ejército socialista pasa a ser uno de los más esenciales a resolver; y se hace urgente en este periodo prerrevolucionario tratar de destruir las sedimentaciones del prejuicio determinado por la pasada propaganda socialista contra todas las formas de la dominación burguesa.

Hoy debemos rehacer la educación del proletariado; habituarlo a la idea de que para suprimir el Estado en la Internacional es necesario un tipo de Estado idóneo a la consecución de este fin, que para suprimir el militarismo puede ser necesario un nuevo tipo de ejército. Esto significa adiestrar al proletariado en el ejercicio de la dictadura, del autogobierno. Las dificultades a superar serán muchísimas y el periodo en que estas dificultades seguirán siendo vivas y peligrosas no es previsible sea corto. Pero aunque el Estado proletario no subsistiera más que un día, debemos trabajar a fin de que disponga de condiciones de existencia idóneas al desarrollo

de su misión, la supresión de la propiedad privada y de las clases.

El proletariado es poco experto en el arte de gobernar y dirigir; la burguesía opondrá al Estado socialista una formidable resistencia, abierta y disimulada, violenta o pasiva. Sólo un proletariado políticamente educado, que no se abandone a la desesperación y a la desconfianza por los posibles e inevitables reveses, que permanezca fiel y leal a su Estado no obstante los errores que individuos particulares puedan cometer, a pesar de los pasos atrás que las condiciones reales de la producción puedan imponer, sólo semejante proletariado podrá ejercer la dictadura, liquidar la herencia maléfica del capitalismo y de la guerra y realizar la Internacional Comunista.

Por su naturaleza, el Estado socialista reclama una lealtad y una disciplina diferentes y opuestas a las que reclama el Estado burgués. A diferencia del Estado burgués, que es tanto más fuerte en el interior como en el exterior cuanto los ciudadanos menos controlan y siguen las actividades del poder, el Estado socialista requiere la participación activa y permanente de los camaradas en la actividad de sus instituciones. Preciso es recordar, además, que si el Estado socialista es el medio para radicales cambios, no se cambia de Estado con la facilidad con que se cambia de gobierno. Un retorno a las instituciones del pasado querrá decir la muerte colectiva, el desencadenamiento de un sanguinario terror blanco ilimitado; en las condiciones creadas por la guerra, la clase burguesa estaría interesada en suprimir con las armas a las tres cuartas partes de los trabajadores para devolver elasticidad al mercado de víveres y volver a disfrutar de condiciones privilegiadas en la lucha por la vida cómoda

a que está habituada. Por ninguna razón pueden admitirse condescendencias de ningún género.

Desde hoy debemos formarnos y formar este sentido de responsabilidad implacable y tajante como la espada de un justiciero. La revolución es algo grande y tremendo, no es un juego de diletantis o una aventura romántica.

Vencido en la lucha de clases, el capitalismo dejará un residuo impuro de fermentos antiestatales, o que aparecerán como tales, porque individuos y grupos querrán eludir los servicios y la disciplina indispensables para el éxito de la revolución.

Querido camarada Petri, trabajemos para evitar cualquier choque sangriento entre las fracciones subversivas, para evitar al Estado socialista la cruel necesidad de imponer con la fuerza armada la disciplina y la fidelidad, de suprimir una parte para salvar al cuerpo social de la disgregación y la depravación. Trabajemos, desplegando nuestra actividad de cultura, para demostrar que la existencia del Estado socialista es un eslabón esencial de la cadena de esfuerzos que el proletariado debe realizar para su completa emancipación, para su libertad.

RUSIA Y EUROPA[1]

La historia está a punto de cerrar con el candado del hecho consumado la puerta de la Conferencia[2] y el trío político Wilson-Lloyd George-Clemenceau va a separarse. Pero también es bastante probable que no esté lejano el día del más amargo desengaño para los hombres que se han encargado de poner la camisa de fuerza a Europa, con la esperanza, tal vez, de curarla del acceso de locura homicida en que la arrojó la pasión nacionalista que la domina desde hace más de un siglo, flaqueada, respaldada y excitada por prepotentes y ocultos intereses de predominio económico de las clases dirigentes de la sociedad europea, y si no con la esperanza de curarla, por lo menos con la de ponerla en la imposibilidad de renovar en breve plazo sus desesperados actos de exterminio y destrucción perpetrados con tan triste éxito ante nuestros ojos. Es incluso muy probable que ellos mismos comienzan ya a contemplar con cierta desconfianza su obra apenas realizada, y en el secreto de sus conciencias deben confesarse haber laborado en vano.

Este parece ser, ciertamente, el estado de ánimo de los principales estadistas que en Versalles han inscrito sobre el papel los fundamentos de la nueva Europa y que, a punto de separarse, contemplando el edificio a duras penas construido, presienten la precariedad de lo realizado y desesperan de su fu-

[1] Sin firma, *L'Ordine Nuovo*, 1º de noviembre de 1919.
[2] La Conferencia de Versalles.

turo. En verdad no cabe reprochárselo, cuando como perentoria demostración de la inanidad de sus esfuerzos de reconstrucción aparece, sobre todo, la situación oriental. Ahí reside la causa de mayor inquietud, el *punctum pruriens* de todo el organismo; ahí se alza, en el momento presente, el más enigmático espectro en el horizonte ensangrentado de nuestra civilización. Pretender dar la paz y el orden a Europa mientras no se haya pacificado y ordenado el inmenso espacio de tierras orientales, que del Báltico al Mar Negro, de los Urales al Vístula y los Cárpatos comprende más de la mitad de todo el continente, es, más que una ilusión, una descarada mentira. Si es cierto, como se dice, que en un círculo de íntimos Clemenceau haya pronunciado estas palabras: "la cuestión rusa envenena todo mi gozo y me causa las mayores preocupaciones sobre el futuro de Francia", habría que reconocer que el viejo jacobino conserva un instinto finísimo de la realidad política y no se hace demasiadas ilusiones sobre el alcance real de sus éxitos diplomáticos.

Tiene razón, y su mortal angustia de patriota francés, que apenas nos conmueve, viene a confirmar la tesis que en este momento histórico debe sernos preciosa a todos los socialistas, tesis que en su propia expresión paradójica contiene una gran suma de verdad histórica y que puede enunciarse así: desde hace más de dos siglos, el destino de Europa está ligado a la situación política de Rusia, de tal modo que los principales acontecimientos que afectan a nuestra historia de pueblos occidentales son casi el contragolpe de los hechos y las posiciones del gran coloso oriental.

Mucho más que de Inglaterra, la cual, como suele decirse corrientemente, teniendo el *sea-power* (poder de los mares, nota del tr.) tendría en sus manos la suerte del continente, cuando en realidad

éste depende de la enorme masa de tierras y de hombres que lo presionan desde el este, y cuyos movimientos, por lentos o retardados que sean, son los que en definitiva determinan los resultados más imponentes y decisivos en la parte restante de la región europea.

Quien contemple la sucesión de hechos ocurridos entre los siglos XVII y XX en el conjunto general del continente, descubre siempre más o menos clara, pero siempre decisiva, la acción rusa. Desde que Pedro el Grande desplazó el eje político del norte, haciendo pasar de la Suecia de los Vasa a la Rusia de los Romanoff la primacía en ese Mediterráneo septentrional, que es el Báltico, desde que en la cuenca oriental del Mediterráneo clásico, y en las regiones adyacentes de los mayores ríos europeos, al poderío indiscutido del Islam se contrapuso victorioso el de los moscovitas —y los dos grandes hechos históricos coincidieron casi en el tiempo— esta nueva línea de fuerza que va del Báltico al Mar Negro, esta que yo llamaría la línea de los mares internos, que son, además, los pulmones vitales del continente, está dominada por la actividad política y económica del nuevo cuerpo social de la Rusia moderna, y, en consecuencia, toda la constitución política y económica europea no ha cesado desde entonces de sentir el influjo de la nueva formidable potencia que desde el oriente actuaba y presionaba.

Sírvanos de prueba el que las mayores y más importantes guerras de sucesión y equilibrio libradas en Europa en los últimos siglos han sido empeñadas y decididas bajo esta presión, y el nefasto sistema de alianzas, que ha arrojado con tanta frecuencia a diversos grupos de naciones europeas en tan trágicos y mortíferos conflictos, está totalmente dominado por el prevaleciente peso de la poten-

cia rusa. Esto se ha visto principalmente dos veces en la reciente historia de Europa: en la guerra de los siete años, cuya solución se debió a la postura definitiva de la Rusia de Pedro III y Catalina II, y en la gran lucha franco-inglesa de la época revolucionaria e imperial, que se cierra en dos tiempos, y en ambos como resultado de la carta rusa, que marca el final de la partida, en 1807, en Tilsit, a favor de Francia, y en 1814-1815, en Viena, en beneficio de los ingleses.

Hay que considerar que incluso la conflagración de 1914-1918 se ha visto determinada en sus momentos fundamentales por la situación rusa, si bien surgiera de la rivalidad económica de Gran Bretaña y Alemania a la que se insertó la hereditaria inamistad franco-alemana.

Sin la alianza rusa, Inglaterra no habría afrontado jamás la lucha, mientras que después sólo el hundimiento ruso determinó la eficaz y decisiva intervención americana. Y concluido el conflicto armado, ha tomado, digamos, el puesto de la guerra, como hecho caracterísitco y dominante de la actual situación europea.

La participación decisiva que la revolución rusa ha tenido en el curso de los últimos acontecimientos militares y políticos, con los que la guerra ha sido concluida, ha sido ya puesta de relieve desde diversas partes. La victoria definitiva de Inglaterra sobre los imperios centrales se ha debido a Rusia. La explosión de las revoluciones en Alemania y en Austria-Hungría no es más que el contragolpe del más vasto movimiento del mundo eslavo, convulsionado por la guerra. La estrategia diplomática de Trotsky en Brest-Litovsk ha sido superior a la estrategia militar de Foch.[3] Luddendorff y Hoffman

[3] Gramsci se refiere a las negociaciones para el armisticio y la paz entre la Rusia revolucionaria y los imperios centrales (16 de diciembre de 1917-23 de febrero de 1918).

han reconocido la desmoralización del ejército alemán, fruto de la propaganda bolchevique, como primera causa de la derrota y de la caída del imperio germánico.

Pero hay más. Antes de Wilson, la revolución rusa de la fase Kerenski proclamó la revisión de los objetivos de la guerra, compendiada en la fórmula: ni contribuciones ni anexiones; mientras posteriormente, Trotsky, haciendo públicos los tratados secretos del zarismo, condenaba irremisiblemente a la diplomacia tradicional, causa de la actual tragedia.

Así que, por una parte, la Rusia revolucionaria contribuía infinitamente más que no la tan celebrada talasocracia británica a precipitar la suerte de las potencias militares del Centro, pero, de otra parte, la misma Rusia revolucionaria, mucho más que la proclamada victoria de Inglaterra, está destinada a influir en la ordenación general de Europa y sobre las nuevas directrices de su vida internacional. El proletariado de los dos mundos mira hoy a Rusia como a un faro. Podría incluso tratarse de un espejismo, como afirman no sólo las interesadas voces del coro burgués, que comentan, a la medida de sus propios deseos y ánimos, el gran drama humano que se representa en esta hora solemne en el teatro de un continnte tan vasto como la mitad de Europa, sino también, desgraciadamente, no pocas Casandras de nuestro campo, rebosantes de prudencia, posiblemente porque les falta la fe. Pero la solicitud que la burguesía de occidente pone en difamar al movimiento bolchevique y a sofocar las llamas bastaría, por sí solo, para demostrar que esa burguesía intuye claramente la enormidad del peligro que la amenaza.

El incendio prendido en Rusia es de tan gran volumen, tan intenso y duradero que no puede ser parangonado con ningún otro suceso análogo que quepa señalar en la historia. Motines de los cardadores, "jacqueries" del Medioevo francés, movimientos anabaptistas de Alemania, Comuna parisina del 71 son inocentes fuegos fatuos en comparación. El proletariado de los dos mundos ha adquirido instintivamente conciencia de la novedad y de la importancia decisiva del experimento soviético. De él depende su destino como clase: *de re sua agitur*. Y ello explica la profunda conmoción que sacude el espíritu de las multitudes trabajadoras ante la mayor tragedia social de la historia.

Algo semejante sucedió a los espíritus de las cultas clases medias europeas ante los acontecimientos de la Francia revolucionaria que marcaban la revuelta del tercer Estado contra las órdenes privilegiadas y el absolutismo monárquico.

Hasta en los países anglo-sajones, hasta en la democracia norteamericana, las masas obreras, separándose del corporativismo tradicional, comienzan a lanzarse a la batalla social, alzando banderas de lucha y reivindicación. Lo que en el sistema político de la anteguerra fue para la Europa burguesa la Rusia del zar, será mañana para la Europa proletaria la Rusia de los Soviets.

RUSIA, POTENCIA MUNDIAL[1]

El Estado obrero, según la terminante definición de Lenin, es un Estado burgués sin burguesía. El Estado obrero debe resolver, tanto en el interior como en el exterior, los mismos problemas de un Estado burgués, y no puede resolverlos con sistemas y medios técnicos sustancialmente muy diferentes de aquellos empleados en un Estado burgués. El Estado obrero ruso ha resuelto en el interior los problemas fundamentales de su existencia y su desarrollo; que los ha resuelto aparece de forma visible en la eficiencia y la combatividad de su ejército. El ejército es la expresión "fisiológicamente" más típica de la fuerza real de un organismo social: no puede concebirse Estado sin ejército, no puede concebirse ejército disciplinado, valeroso, rico de iniciativa combativa más que como función de un Estado sólidamente fundado, apoyado en la voluntad y el espíritu permanente de disciplina y sacrificio de la población. La clase obrera es en Rusia una pequeña minoría de la población, pero era y es la única clase social históricamente preparada para asumir y conservar el poder, la única clase capaz, a través de su partido político, el Partido Comunista, de construir un Estado. La clase obrera rusa era y es históricamente fuerte y madura, no en cuanto que sus componentes constituyen numéricamente la mayor parte de la población, sino en cuanto que, a través de su partido político, se muestra capaz de

[1] Sin firma, *L'Ordine Nuovo*, 14 de agosto de 1920.

construir Estado, en cuanto la clase obrera consigue convencer a la mayoría de la población, constituida por estratos informes de las clases medias, de las clases intelectuales, de las clases campesinas, de que sus intereses inmediatos y futuros coinciden con los intereses de la misma mayoría. En este convencimiento, convertido en conciencia difundida de la sociedad, se funda justamente el Estado, se funda el consenso nacional a las iniciativas y acciones del poder obrero, se funda la disciplina y el espíritu de jerarquía. ¿De jerarquía? Sí, jerarquía. El poder obrero es la creación de una nueva jerarquía de las clases sociales; los intelectuales y los campesinos, todas las clases medias, reconocen en la clase obrera la fuente del poder de Estado, reconocen a la clase obrera como clase dirigente. Consultados por medio del sufragio para los institutos representativos, eligen los diputados en el partido de la clase obrera, en el Partido Comunista; esas clases proporcionan la masa de infantería y de caballería al ejército rojo que defiende al Estado de las agresiones del exterior, proporcionan la masa de mano de obra al ejército del trabajo que combate contra el frío y el hambre, proporcionan los técnicos para la industria y la agricultura, los técnicos para el arte militar; todas estas clases contribuyen a dar vida a las diversas funciones del aparato estatal de la nación rusa, aparato que, en manos de la clase obrera, no está ya en manos de los capitalistas. He ahí el fundamental problema histórico que ha resuelto la clase obrera rusa, he ahí por qué la clase obrera rusa ha mostrado ser históricamente madura, ser depositaria de los destinos del pueblo ruso. La clase obrera rusa ha organizado la sociedad rusa en sus más diversos estratos y la ha organizado de modo que los esfuerzos y sacrificios comunes, la voluntad común, estuviera dirigida a un fin único, a la realización del

programa obrero convertido en idea y misión del Estado.

Unico Estado obrero en el mundo, rodeado de una serie de implacables enemigos, la Rusia de los Soviets debía resolver un segundo problema existencial: fijar su posición en el sistema mundial de las potencias. El Estado obrero ruso ha resuelto hoy este problema y lo ha resuelto con los medios y sistemas con que lo habría resuelto un Estado burgués: con la fuerza militar, ganando una guerra. No podía hacerlo de otra manera, ningún otro Estado obrero hubiese podido ni podrá hacerlo de forma distinta. El ejército rojo ha derrotado a Polonia;[2] las potencias capitalistas no han podido ayudar a Polonia, han tenido que dejar que la derrota polaca ocurriera, han tenido que sufrir la humillación de admitir que son incapaces de poner en marcha sus ejércitos; han debido reconocer que no tienen un ejército, que no cuentan con el consenso de las masas humanas que gobiernan, que no son más que vacías e inanimadas organizaciones burocráticas, sin autoridad, sin prestigio. La Rusia de los Soviets se ha transformado así en potencial mundial, la más grande de las potencias mundiales, capaz de equilibrar con su peso y su estatura histórica a todo el sistema capitalista mundial. Rusia, con su victoria militar, en virtud de que su ejército se ha puesto en cabeza, a escala mundial, del sistema de potencias reales que luchan contra el capitalismo hegemónico; ella encarna la rebelión de las clases obreras contra sus explotadores y está sostenida explícitamente por esas clases obreras; encarna el sufrimiento y el hambre de las naciones vencidas en la guerra mundial, encarna la venganza de las

[2] El curso de la guerra iba a cambiar imprevistamente y en las semanas siguientes el ejército rojo detendría su marcha, tras llegar a las cercanías de Varsovia.

naciones militarmente vencedoras pero económicamente vencidas, encarna la insurrección de las colonias desangradas por las metrópolis, encarna el informe conglomerado de rebeliones contra la explotación hegemónica del capitalismo; reproduce a escala mundial un momento de la dictadura proletaria sobre todas las clases medias de la sociedad humana por el aplastamiento de la clase capitalista, antagónica del proletariado.

La guerra mundial, ganada por la *Entente* habría debido, con la paz de Versalles y la Liga de las Naciones, instaurar un régimen de monopolio sobre el globo; al sistema de equilibrio y concurrencia entre los Estados debía sucederle una incontestable hegemonía. La Rusia de los Soviets, conquistando la posición de gran potencia, ha roto el sistema hegemónico, ha desplazado el principio de la lucha entre los Estados, ha situado en una escala mundial, en forma absolutamente imprevista por el pensamiento socialista, la lucha de la Internacional obrera contra el capitalismo.

RUSIA ES INTERNACIONAL[1]

La Rusia de los Soviets ha conquistado, conquista cada día, las simpatías de la clase obrera de todo el mundo. El hecho es natural. La revolución proletaria rusa divide al mundo en dos campos: de una parte los que están junto a ella, los que son partidarios de su desarrollo y de su victoria; de otra parte los que le son adversos y quieren que sea ahogada en la sangre del pueblo revolucionario ruso, viendo en ello el aplastamiento de la revolución mundial universal. De una parte se hallan la clase obrera y las clases semiproletarias, los pequeños campesinos de todos los países; de otra parte, los capitalistas, los banqueros, los grandes latifundistas, los especuladores de todo el mundo.

Las simpatías que la Rusia soviética ha conquistado en el proletariado internacional son tan grandes que los mismos gobiernos capitalistas, que organizan el bloqueo económico contra ella, no osan ya luchar abiertamente contra su gobierno, se ven obligados a reconocerle y a establecer con él lazos comerciales.

Pero hay un hecho especialmente importante y que debe ser bien puesto de relieve: ningún partido obrero, ninguna organización de obreros, ni siquiera las que se sitúan en el terreno del oportunismo y el reformismo, osan proclamarse abiertamente contrarias a la Rusia de los Soviets, aunque, de he-

[1] Sin firma, *L'Ordine Nuovo*, 9 de enero de 1921.

cho, en sus países esos partidos sostengan el poder de la burguesía.

¿Por qué los partidos y las organizaciones reformistas y oportunistas se ven forzadas a ocultar de este modo su oposición real y de principio contra la Rusia de los Soviets, bajo la máscara de una hipócrita amistad? Porque si no lo hicieran así perderían en breve tiempo el apoyo de las masas obrerar. Es pues un motivo utilitario el que les empuja a declararse por Rusia. De la misma forma se portan los centristas y los semirreformistas, los cuales, si bien se pronuncian contra la Internacional Comunista, a sus principios, a su táctica y a su organización centralizada, se presentan, no obstante, ante la clase obrera como defensores de la Revolución proletaria rusa. Si no lo hicieran así se verían perdidos y las masas se apartarían de ellos. Siguen una hipócrita política de amistad y simpatía por Rusia para poder continuar su labor confusionista, para impedir la revolución del proletariado.

Esto es así en todos los países, y sobre todo en Italia. No hablamos de los reformistas, porque los obreros conscientes saben ya cómo juzgar su política, saben que son enemigos de la Revolución proletaria rusa, aunque no se atrevan a condenarla abiertamente.

Hablamos por el contrario de los centristas y de los semirreformistas, de quienes esconden su traición tras la máscara de la conservación de la unidad del Partido y que se han dado el nombre de comunistas-unitarios. Estos declaran en alta voz que son encarnizados defensores de la Rusia de los Soviets y sostenedores decididos de la Internacional comunista después de que le han declarado la guerra abierta. ¿Por qué el camarada Serrati y sus sostenedores expresan tan ruidosamente su solidaridad con Rusia? Porque Rusia, su revolución, sus principios y sus métodos de lucha gozan de inmensa popularidad entre las masas proletarias italianas. Porque el proletariado italiano aclama y admira a la Rusia de los Soviets, porque ellos sí son totalmente solidarios con la Rusia de los Soviets, porque están dispuestos a apoyar hasta el fin, con todos los medios, a la Rusia de los Soviets. Por eso el camarada Serrati y los comunistas-unitarios se adaptan a las circunstancias para no perder su influencia sobre el proletariado.

Pero no sólo hacia Rusia, sino también hacia la Internacional comunista muestran amistad y simpatía. En la conciencia del proletariado italiano la revolución rusa se halla ligada, irrompible y sólidamente, con la Internacional comunista. El proletariado italiano, guiado por su conciencia y por su instinto proletario, no separa la Revolución rusa de la Internacional comunista, las une como están unidas en la vida real. El camarada Serrati y sus sostenedores se ven, pues, obligados a adaptarse también en esto al estado de ánimo del proletariado para no perder su ascendencia sobre él. No tienen el valor de decir franca y abiertamente que puesto que son contrarios a las 21 condiciones,[2] a las tesis

[2] En los llamados 21 puntos de Moscú se contenían las condiciones de admisión de los partidos socialistas en la Internacional comunista, entre los cuales el compromiso de romper con la política centrista y reformista y de expulsar a los reformistas y centristas. Serrati, si bien era entusiasta partidario de la Revolución rusa, para mantener la unidad del partido se mostró, desde el comienzo, contrario a la expulsión de los reformistas, al cambio de nombre del partido y a otros puntos. De aquí la polémica con el grupo de *L'Ordine Nuovo*, que comenzó inmediatamente después del retorno de Serrati del II Congreso de la Internacional comunista. La polémica alcanzó extremos particularmente duros en 1921. En el XVIII Congreso del partido socialista italiano (1-3 de octubre de 1922) Serrati se adhirió a las tesis internacionalistas y en agosto de 1924 ingresó en el Partido comunista.

sobre la cuestión colonial y nacional, a las tesis sobre la cuestión agraria y al mismo principio centralizador de la Internacional comunista, están contra la propia Internacional.

En sustancia, tanto los reformistas y los oportunistas, que tienen el valor de decirlo abiertamente, como los centristas y semicentristas, que no osan proclamarse abiertamente contrarios a la Internacional comunista, pero rechazan sus resoluciones sustanciales y trabajan con ella, tanto unos como otros son de hecho enemigos de la Rusia de los Soviets y de la revolución proletaria rusa, porque quienes se declaran, de forma disimulada o clara, contrarios a la organización internacional comunista de los trabajadores son también enemigos de Rusia y su revolución.

¿Qué es de hecho la Internacional comunista? Es la realización internacional de los principios y los métodos de la Revolución rusa.

La Revolución proletaria rusa es la primera revolución proletaria que ha concluido victoriosamente con la conquista del poder por el proletariado en el mayor país capitalista del mundo y con la instauración por primera vez en la historia de la dictadura proletaria. Esta experiencia histórica de la clase revolucionaria rusa es de inmensa importancia para todo el proletariado internacional y para su lucha de emancipación. De otra parte, la revolución rusa no es solamente producto de condiciones particulares y especiales de aquel país, sino también un producto de la guerra imperialista mundial. Hoy, después de la guerra, en todos los países capitalistas, la crisis económica, el paro, la carestía, la depreciación de la moneda, son fenómenos comunes que hacen las condiciones de cada país semejantes a las de Rusia antes de 1917. Pero no sólo el estallido de la revolución rusa sino también su des-

2.500 repensar el Socialismo

arrollo, está relacionado y depende de la crisis económica y política mundial, crisis que se hace cada vez más prolongada y profunda. Las condiciones de la revolución mundial maduran rápidamente y sólo la victoria de la revolución universal puede asegurar definitivamente la victoria de la Revolución rusa.

Ahora bien, la Internacional comunista no hace más que organizar al proletariado internacional, extrayendo provecho de la preciosa y colosal experiencia de la revolución rusa para la preparación de la revolución universal.

Aplastamiento de la Revolución rusa quiere decir, pues, aplastamiento de la revolución mundial. Los gobiernos capitalistas lo saben y por eso combaten a fondo contra la Rusia de los Soviets. Y esto es lo que cada vez comprende más el proletariado internacional, de cuya conciencia desaparece hoy cualquier duda sobre el hecho de que estar a favor de la Revolución rusa es lo mismo que la adhesión a la Internacional comunista.

Aquellos, pues, que luchan, de modo abierto o enmascarado, contra la Internacional comunista luchan de hecho contra la Rusia de los Soviets; son sus enemigos, enemigos tanto más peligrosos cuanto que militan en las filas de la clase obrera. De ellos es la culpa de que la burguesía logre aún mantener bajo su influencia a una parte de los obreros.

El deber supremo de los comunistas italianos es el de desenmascarar y combatir esta peligrosa política de los centristas. ¡Fuera la máscara! gritamos nosotros a los hipócritas amigos de Rusia y de la Internacional; trabajáis, lucháis contra la Internacional, sois, en consecuencia, enemigos de la primera gran revolución proletaria. Cuando el proletariado italiano comprenda esta verdad no podrá más que condenaros.